

William Shakespeare

Tito Andrónico

E LEJANDRIA

William Shakespeare

Tito Andrónico

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

TITO ANDRÓNICO

WILLIAM SHAKESPEARE

PUBLICADO: 1594
FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

PERSONAJES

SATURNINO, hijo mayor del difunto emperador de Roma, después emperador.

BASIANO, hermano de Saturnino.

TITO ANDRÓNICO, noble romano, general contra los godos.
MARCO ANDRÓNICO, tribuno del pueblo y hermano de Tito.

LAVINIA, hija de Tito Andrónico.
LUCIO, hijo de Tito Andrónico.
QUINTO, hijo de Tito Andrónico.
MARCIO, hijo de Tito Andrónico.
MUCIO, hijo de Tito Andrónico.

EL JOVEN LUCIO, un niño, hijo de Lucio.
PUBLIO, hijo del tribuno Marco.

SEMPRONIO, pariente de Tito.
CAYO, pariente de Tito.
VALENTÍN, pariente de Tito.

EMILIO, noble romano.

TAMORA, reina de los godos.
AARÓN, un moro, amante de Tamora.
ALARBO, hijo de Tamora.
DEMETRIO, hijo de Tamora.
QUIRÓN, hijo de Tamora.

UN CAPITÁN.
UN MENSAJERO.

UNA NODRIZA, con un niño negro.

UN RÚSTICO.

Godos y romanos.

Tribunos, senadores, oficiales, soldados y acompañamiento.

Escena: Roma y sus alrededores.

ACTO I. ESCENA I

Roma. Ante el Capitolio.

Entran los tribunos y senadores en lo alto. Y entran luego Saturnino y sus seguidores por una puerta, y Basiano y sus seguidores por la otra, con tambores y trompetas.

SATURNINO.

Nobles patricios, valedores de mi derecho,
defended con las armas la justicia de mi causa;
y vosotros, compatriotas, mis leales seguidores,
sostened mi título hereditario con vuestras espadas.
Soy el hijo primogénito de aquel que fue el último
que ciñó la diadema imperial de Roma;
dejad, pues, que vivan en mí los honores de mi padre,
y no agraviéis mis años con esta indignidad.

BASIANO.

Romanos, amigos, seguidores, valedores de mi derecho,
si alguna vez Basiano, hijo del César,
fue grato a los ojos de la regia Roma,
guardad entonces este paso al Capitolio,
y no permitáis que el deshonor se acerque
al trono imperial, consagrado a la virtud,
a la justicia, la templanza y la nobleza;
antes bien, que el mérito brille en elección pura,
y, romanos, luchad por la libertad de vuestra elección.

Entra Marco Andrónico en lo alto, sosteniendo la corona.

MARCO.

Príncipes que rivalizáis con facciones y amigos
ambiciosamente por el mando y el imperio,
sabed que el pueblo de Roma, a quien nosotros
representamos como un partido especial, ha elegido por voz común,
en la elección para el imperio romano,
a Andrónico, de sobrenombre Pío,
por sus muchos y grandes méritos con Roma.
Un hombre más noble, un guerrero más valiente,
no vive hoy dentro de las murallas de la ciudad.
El senado lo ha hecho volver a casa
de las fatigosas guerras contra los bárbaros godos,
que, con sus hijos, terror de nuestros enemigos,
ha uncido a una nación fuerte, adiestrada en las armas.
Diez años han pasado desde que emprendió
esta causa de Roma, y castigó con las armas
el orgullo de nuestros enemigos. Cinco veces ha vuelto
sangrando a Roma, portando a sus valientes hijos
en ataúdes desde el campo de batalla.
Y ahora, por fin, cargado de despojos de honor,
vuelve el buen Andrónico a Roma,
el afamado Tito, floreciente en las armas.
Roguemos, por el honor de su nombre,
a quien dignamente quisierais ver ahora suceder,
y en el derecho del Capitolio y del senado,
a quien pretendéis honrar y adorar,
que os retiréis y depongáis vuestra fuerza,
licenciad a vuestros seguidores y, como corresponde a
pretendientes,
alegad vuestros méritos en paz y humildad.

SATURNINO.

¡Qué bellamente habla el tribuno para calmar mis pensamientos!

BASIANO.

Marco Andrónico, tanto confío
en tu rectitud e integridad,

y tanto amo y honro a ti y a los tuyos,
a tu noble hermano Tito y a sus hijos,
y a aquella ante quien se humillan todos mis pensamientos,
la graciosa Lavinia, rico ornamento de Roma,
que aquí licenciaré a mis leales amigos,
y a mi fortuna y al favor del pueblo
confiaré mi causa, para que sea pesada en la balanza.

[Salen los seguidores de Basiano.]

SATURNINO.

Amigos, que tan prestos habéis estado en mi derecho,
os doy las gracias a todos y aquí a todos os licencio,
y al amor y favor de mi patria
confío mi persona y mi causa.

[Salen los seguidores de Saturnino.]

Roma, sé tan justa y benigna conmigo
como yo soy confiado y bondadoso contigo.
Abrid las puertas y dejadme entrar.

BASIANO.

A los tribunos, y a mí, pobre competidor.

[Fanfarria. Suben a la Casa del Senado.]

Entra un Capitán.

CAPITÁN.

¡Romanos, abrid paso! El buen Andrónico,
valedor de la virtud, el mejor campeón de Roma,
victorioso en las batallas que libra,
con honor y con fortuna ha vuelto
de donde, con su espada, redujo
y sometió al yugo a los enemigos de Roma.

Suenan tambores y trompetas, y entran dos hijos de Tito; luego dos hombres portando un ataúd cubierto de negro; luego otros dos hijos; luego Tito Andrónico; y luego Tamora, reina de los godos, con

sus hijos Alarbo, Quirón y Demetrio, y Aarón el Moro, y otros cuantos sea posible; depositan el ataúd, y Tito habla.

TITO.

¡Salve, Roma, victoriosa en tus vestiduras de luto!
Mira, como la nave que, descargado su flete,
vuelve con preciosa carga a la bahía
de donde primero levó su ancla,
así llega Andrónico, ceñido de ramas de laurel,
a saludar de nuevo a su patria con sus lágrimas,
lágrimas de verdadera alegría por su regreso a Roma.
Tú, gran defensor de este Capitolio,
sé propicio a los ritos que pretendemos.
Romanos, de veinticinco valientes hijos,
la mitad del número que tuvo el rey Príamo,
contemplad los pobres restos, vivos y muertos.
A los que sobreviven, que Roma los recompense con amor;
a los que traigo a su último hogar,
con sepultura entre sus antepasados.
Aquí los godos me han dado licencia para envainar mi espada.
Tito, desnaturalizado y descuidado de los tuyos,
¿por qué permites que tus hijos, aún sin sepultura,
vagen en la espantosa orilla del Estigia?
Abrid paso para ponerlos junto a sus hermanos.

[Abren la tumba.]

Saludaos allí en silencio, como suelen los muertos,
y dormid en paz, caídos en las guerras de vuestra patria.
¡Oh, sagrado receptáculo de mis alegrías,
dulce celda de virtud y nobleza!
¿Cuántos hijos míos guardas en tu seno,
que ya nunca me devolverás?

LUCIO.

Dadnos al más altivo prisionero de los godos,
para que troceemos sus miembros y, sobre una pira,
sacrifiquemos su carne *ad manes fratrum*,

ante esta terrena prisión de sus huesos,
para que así las sombras no queden sin aplacar,
ni nosotros seamos perturbados por prodigios en la tierra.

TITO.

Os lo doy, el más noble de los que sobreviven,
el hijo mayor de esta afligida reina.

TAMORA.

¡Deteneos, hermanos romanos! Grato vencedor,
victorioso Tito, compadécete de las lágrimas que derramo,
lágrimas de madre por la pasión de su hijo.
Y si tus hijos te fueron alguna vez queridos,
oh, piensa que mi hijo me es tan querido a mí.
¿No basta con que nos hayan traído a Roma
para engalanar tu triunfo, y que volvamos
cautivos a ti y a tu yugo romano;
sino que además deban degollar a mis hijos en las calles
por sus hazañas valientes en la causa de su patria?
Oh, si luchar por el rey y por el bien común
fue piedad en los tuyos, también lo es en estos.
Andrónico, no manches tu tumba con sangre.
¿Quieres acercarte a la naturaleza de los dioses?
Acércate entonces siendo misericordioso.
La dulce clemencia es la verdadera insignia de la nobleza.
Tres veces noble Tito, perdona a mi hijo primogénito.

TITO.

Tened paciencia, señora, y perdonadme.
Estos son los hermanos que vuestros godos vieron
vivos y muertos, y por sus hermanos caídos
piden religiosamente un sacrificio.
Para esto ha sido señalado vuestro hijo, y morir debe,
para aplacar las sombras gemebundas que se han ido.

LUCIO.

¡Lleváoslo, y encended fuego al punto,

y con nuestras espadas, sobre una pira de leña,
troceemos sus miembros hasta que queden del todo consumidos!

[Salen los hijos de Tito con Alarbo.]

TAMORA.

¡Oh, cruel e irreligiosa piedad!

QUIRÓN.

¡Nunca fue Escitia ni la mitad de bárbara que esto!

DEMETRIO.

No opongas Escitia a la ambiciosa Roma.

Alarbo va al descanso, y nosotros sobrevivimos

para temblar bajo la mirada amenazante de Tito.

Entonces, señora, manteneos resuelta, pero esperad también

que los mismos dioses que armaron a la reina de Troya

con la ocasión de una áspera venganza

sobre el tirano tracio en su tienda,

puedan favorecer a Tamora, reina de los godos,

(cuando los godos eran godos y Tamora era reina)

para vengar en sus enemigos los sangrientos agravios.

Vuelven a entrar los hijos de Andrónico con las espadas ensangrentadas.

LUCIO.

Ved, señor y padre, cómo hemos cumplido

nuestros ritos romanos. Los miembros de Alarbo han sido

cercenados,

y sus entrañas alimentan el fuego del sacrificio,

cuyo humo, como incienso, perfuma el cielo.

No queda sino dar sepultura a nuestros hermanos,

y darles la bienvenida a Roma con sonoras alarmas.

TITO.

Así sea; y que Andrónico

haga de esto su última despedida a sus almas.

[Suenan las trompetas, y depositan el ataúd en la tumba.]

En paz y honor reposad aquí, hijos míos;
campeones más prestos de Roma, descansad aquí en calma,
a salvo de los azares y desgracias del mundo.
Aquí no acecha traición, aquí no se hincha la envidia,
aquí no crecen malditos venenos; aquí no hay tormentas,
ni ruido, sino silencio y sueño eterno.
En paz y honor reposad aquí, hijos míos.

Entra Lavinia.

LAVINIA.

En paz y honor viva largamente el señor Tito;
mi noble señor y padre, viva en la fama.
Mirad, ante esta tumba, mis lágrimas tributarias
ofrezco por las exequias de mis hermanos;
y a tus pies me arrodillo, con lágrimas de alegría
vertidas sobre esta tierra por tu regreso a Roma.
Oh, bendíceme aquí con tu mano victoriosa,
cuyas hazañas aplauden los mejores ciudadanos de Roma.

TITO.

Bondadosa Roma, que así has reservado amorosamente
el cordial de mi vejez para alegrar mi corazón.
Lavinia, vive; sobrevive a los días de tu padre,
y al plazo eterno de la fama, por el elogio de tu virtud.

*Entran Marco Andrónico y los tribunos; vuelven a entrar Saturnino,
Basiano y otros.*

MARCO.

Viva largamente el señor Tito, mi amado hermano,
glorioso triunfador ante los ojos de Roma.

TITO.

Gracias, gentil tribuno, noble hermano Marco.

MARCO.

Y bienvenidos, sobrinos, de vuestras victoriosas guerras,
vosotros que sobrevivís, y vosotros que dormís en la fama.
Nobles señores, vuestras suertes son en todo semejantes,

pues al servicio de vuestra patria desnudasteis la espada;
pero más seguro triunfo es esta pompa fúnebre,
que ha alcanzado la dicha de Solón
y triunfa sobre el azar en el lecho del honor.
Tito Andrónico, el pueblo de Roma,
de quien siempre has sido amigo en la justicia,
te envía por mí, su tribuno y su confianza,
este palio de blanco e inmaculado color,
y te nombra candidato al imperio
junto con estos hijos de nuestro difunto emperador.
Sé, pues, *candidatus*, y vístelo,
y ayuda a poner una cabeza a la Roma descabezada.

TITO.

Mejor cabeza conviene a su glorioso cuerpo
que la de quien tiembla por la edad y la flaqueza.
¿Qué, he de vestir esta toga y molestaros,
ser elegido hoy con proclamas,
mañana renunciar al mando, dejar mi vida,
y crearos a todos nuevos afanes?
Roma, he sido tu soldado cuarenta años,
y he conducido con éxito el poderío de mi patria,
y he enterrado a veintiún valientes hijos,
armados caballeros en el campo, muertos varonilmente en las
armas,
en derecho y servicio de su noble patria.
Dadme un bastón de honor para mi vejez,
pero no un cetro para gobernar el mundo.
Con rectitud lo sostuvo, señores, quien lo sostuvo el último.

MARCO.

Tito, obtendrás el imperio con solo pedirlo.

SATURNINO.

¿Soberbio y ambicioso tribuno, puedes tú decirlo?

TITO.

Paciencia, príncipe Saturnino.

SATURNINO.

Romanos, hacedme justicia.

Patricios, desenvainad vuestras espadas, y no las envainéis hasta que Saturnino sea emperador de Roma.

Andrónico, ojalá te hubieran embarcado al infierno antes que robarme los corazones del pueblo.

LUCIO.

Soberbio Saturnino, que interrumpes el bien que el noble Tito pretende hacerte.

TITO.

Contentaos, príncipe; yo os restituiré los corazones del pueblo, y los apartaré de sí mismos.

BASIANO.

Andrónico, no te adulo,

sino que te honro, y lo haré hasta que muera.

Si fortaleces mi facción con tus amigos,

quedaré sumamente agradecido; y las gracias dadas a hombres de ánimo noble son recompensa honrosa.

TITO.

Pueblo de Roma, y tribunos del pueblo aquí presentes,

os pido vuestras voces y vuestros votos.

¿Se los otorgaréis benévolamente a Andrónico?

TRIBUNOS.

Para complacer al buen Andrónico,

y felicitarlo por su feliz regreso a Roma,

el pueblo aceptará a quien él admita.

TITO.

Tribunos, os doy las gracias; y esta petición hago:

que nombréis emperador al hijo mayor de vuestro emperador,

el señor Saturnino; cuyas virtudes, espero,

resplandecerán sobre Roma como los rayos de Titán sobre la tierra,

y madurarán la justicia en esta república.

Entonces, si elegís siguiendo mi consejo,
coronadlo, y decid: «¡Viva nuestro emperador!»

MARCO.

Con voces y aplausos de toda condición,
patricios y plebeyos, nombramos
al señor Saturnino gran emperador de Roma,
y decimos: «¡Viva nuestro emperador Saturnino!»

[Larga fanfarria.]

SATURNINO.

Tito Andrónico, por los favores que has hecho
a nuestra elección en este día,
te doy las gracias como parte de tus merecimientos,
y con hechos pagaré tu gentileza.
Y como principio, Tito, para engrandecer
tu nombre y tu honorable familia,
a Lavinia haré mi emperatriz,
real señora de Roma, señora de mi corazón,
y en el sagrado Panteón la desposaré.
Dime, Andrónico, ¿te complace esta propuesta?

TITO.

Me complace, mi digno señor, y en este enlace
me tengo por muy honrado por vuestra gracia;
y aquí, a la vista de Roma, a Saturnino,
rey y comandante de nuestra república,
emperador del ancho mundo, consagro
mi espada, mi carro y mis prisioneros;
presentes bien dignos del imperioso señor de Roma.
Recibidlos, pues, el tributo que os debo,
las enseñas de mi honor humilladas a vuestros pies.

SATURNINO.

Gracias, noble Tito, padre de mi vida.
Cuán orgulloso estoy de ti y de tus dones,
Roma lo recordará; y cuando yo olvide

el menor de estos inefables méritos,
romanos, olvidad vuestra fidelidad hacia mí.

TITO.

[A Tamora.] Ahora, señora, sois prisionera de un emperador;
de aquel que, por vuestro honor y vuestro rango,
os tratará noblemente a vos y a vuestros seguidores.

SATURNINO.

Una hermosa dama, a fe mía, del tinte
que yo elegiría, si hubiera de elegir de nuevo.
Despeja, bella reina, ese semblante nublado.
Aunque el azar de la guerra ha obrado este cambio de humor,
no vienes para ser hecha escarnio en Roma.
Trato principesco tendrás en todo.
Confiad en mi palabra, y que el descontento no
abata todas vuestras esperanzas. Señora, quien os consuela
puede haceros más grande que la reina de los godos.
Lavinia, ¿no os desagrada esto?

LAVINIA.

A mí no, señor, pues la verdadera nobleza
autoriza estas palabras con cortesía principesca.

SATURNINO.

Gracias, dulce Lavinia. Romanos, marchemos.
Sin rescate ponemos aquí en libertad a nuestros prisioneros.
Proclamad nuestros honores, señores, con trompeta y tambor.

[Fanfarria. Salen Saturnino y su guardia, con tambores y trompetas. Salen los tribunos y senadores de lo alto.]

BASIANO.

Señor Tito, con vuestro permiso, esta doncella es mía.

TITO.

¿Cómo, señor? ¿Habláis entonces en serio, mi señor?

BASIANO.

Sí, noble Tito; y resuelto además

a hacerme a mí mismo esta razón y este derecho.

MARCO.

Suum cuique es nuestra justicia romana.

Este príncipe, con justicia, solo toma lo suyo.

LUCIO.

Y eso hará y ha de hacer, mientras Lucio viva.

TITO.

¡Atrás, traidores! ¿Dónde está la guardia del emperador?

Entran Saturnino y su guardia.

Traición, mi señor: Lavinia ha sido arrebatada.

SATURNINO.

¿Arrebatada? ¿Por quién?

BASIANO.

Por quien justamente puede

llevarse a su prometida lejos de todo el mundo.

[Salen Basiano y Marco con Lavinia.]

MUCIO.

Hermanos, ayudad a llevarla lejos de aquí,

y con mi espada guardaré segura esta puerta.

[Salen Lucio, Quinto y Marcio.]

TITO.

Seguid, mi señor, y pronto os la traeré de vuelta.

[Salen Saturnino, Tamora, Demetrio, Quirón, Aarón y la guardia.]

MUCIO.

Mi señor, no pasáis por aquí.

TITO.

¡Cómo, rapaz villano,

me cierras el paso en Roma!

[Apuñala a Mucio.]

MUCIO.

¡Ayuda, Lucio, ayuda!

[Muere.]

Vuelve a entrar Lucio.

LUCIO.

Mi señor, sois injusto, y más que eso,
en riña injusta habéis matado a vuestro hijo.

TITO.

Ni tú ni él sois hijos míos;
mis hijos jamás me deshonrarían así.
Traidor, restituye Lavinia al emperador.

LUCIO.

Muerta, si queréis; pero no para ser su esposa,
pues es el amor legítimo prometido de otro.

[Sale.]

Entran en lo alto el emperador Saturnino con Tamora y sus dos hijos, y Aarón el Moro.

SATURNINO.

No, Tito, no; el emperador no la necesita,
ni a ella, ni a ti, ni a nadie de tu estirpe.
Con el tiempo confiaré en quien me burla una vez;
en ti jamás, ni en tus altivos y traidores hijos,
todos confabulados así para deshonrarme.
¿No había nadie en Roma para hacer de señuelo
sino Saturnino? Bien está, Andrónico:
concuerdan bien estos hechos con aquella soberbia jactancia tuya
de que dijiste que yo mendigué el imperio de tus manos.

TITO.

¡Oh, monstruoso! ¿Qué palabras injuriosas son estas?

SATURNINO.

Pero sigue tu camino; ve, entrega a esa veleidosa pieza

a quien blandió por ella su espada.
Un valiente yerno gozarás;
uno apto para bregar con tus desaforados hijos,
para alborotar en la república de Roma.

TITO.

Estas palabras son navajas para mi corazón herido.

SATURNINO.

Y por ello, hermosa Tamora, reina de los godos,
que, como la majestuosa Febe entre sus ninfas,
superas en brillo a las más gallardas damas de Roma,
si te complace esta mi repentina elección,
mira, te elijo a ti, Tamora, por esposa,
y te haré emperatriz de Roma.
Habla, reina de los godos, ¿apruebas mi elección?
Y aquí juro por todos los dioses romanos,
ya que el sacerdote y el agua bendita están tan cerca,
y los cirios arden tan vivos, y todo
está dispuesto para Himeneo,
que no volveré a pisar las calles de Roma,
ni subiré a mi palacio, hasta que, desde este lugar,
lleve conmigo a mi esposa desposada.

TAMORA.

Y aquí, a la vista del cielo, juro a Roma
que si Saturnino ensalza a la reina de los godos,
ella será sierva de sus deseos,
nodriza amorosa, madre de su juventud.

SATURNINO.

Asciende, bella reina, al Panteón. Señores, acompañad
a vuestro noble emperador y a su encantadora esposa,
enviada por los cielos para el príncipe Saturnino,
cuya sabiduría ha conquistado su fortuna.
Allí consumaremos nuestros ritos nupciales.

[Salen todos menos Tito.]

TITO.

No se me ha invitado a asistir a esta esposa.
Tito, ¿cuándo solías caminar solo,
así deshonrado, y desafiado por agravios?

Vuelven a entrar Marco, Lucio, Quinto y Marcio.

MARCO.

¡Oh, Tito, mira, oh, mira lo que has hecho!
En riña injusta has matado a un hijo virtuoso.

TITO.

No, necio tribuno, no; ningún hijo mío,
ni tú, ni estos, cómplices en el acto
que ha deshonrado a toda nuestra familia.
¡Indigno hermano e indignos hijos!

LUCIO.

Pero démosle sepultura, como corresponde;
dad a Mucio sepultura junto a nuestros hermanos.

TITO.

¡Fuera, traidores! No reposará en esta tumba.
Este monumento lleva quinientos años en pie,
que yo he reedificado suntuosamente.
Aquí solo soldados y servidores de Roma
reposan en la fama; ninguno muerto vilmente en riñas.
Enterradlo donde podáis, aquí no entra.

MARCO.

Mi señor, esto es impiedad de tu parte.
Los actos de mi sobrino Mucio abogan por él;
debe ser enterrado junto a sus hermanos.

MARCIO.

Y lo será, o le haremos compañía.

TITO.

«¿Y lo será?» ¿Qué villano pronunció esa palabra?

QUINTO.

Quien la sostendría en cualquier lugar menos aquí.

TITO.

¿Cómo, queréis enterrarlo a mi pesar?

MARCO.

No, noble Tito, sino rogarte
que perdones a Mucio y lo entierres.

TITO.

Marco, hasta tú has golpeado mi cimera,
y con estos muchachos has herido mi honor.
Por enemigos os tengo a todos vosotros;
así que no me molestéis más, y marchaos.

QUINTO.

No está en sus cabales; retirémonos.

MARCIO.

Yo no, hasta que los huesos de Mucio sean enterrados.

[Marco y los hijos de Tito se arrodillan.]

MARCO.

Hermano, pues en ese nombre aboga la naturaleza,—

QUINTO.

Padre, y en ese nombre habla la naturaleza,—

TITO.

No hables más, si los demás han de conseguirlo.

MARCO.

Íclito Tito, más de la mitad de mi alma,—

LUCIO.

Querido padre, alma y sustancia de todos nosotros,—

MARCO.

Permite que tu hermano Marco dé sepultura
a su noble sobrino aquí, en el nido de la virtud,
que murió por el honor y por la causa de Lavinia.

Eres romano; no seas bárbaro.
Los griegos, tras deliberar, dieron sepultura a Áyax,
que se dio muerte a sí mismo; y el sabio hijo de Laertes
abogó generosamente por sus exequias.
No dejes, entonces, que al joven Mucio, que fue tu alegría,
se le niegue aquí la entrada.

TITO.

Levántate, Marco, levántate.
Este es el más funesto día que jamás vi,
iser deshonrado por mis hijos en Roma!
Bien, enterradlo, y enterradme a mí después.

[Ponen a Mucio en la tumba.]

LUCIO.

Ahí yacen tus huesos, dulce Mucio, con tus amigos,
hasta que adornemos tu tumba con trofeos.

TODOS.

[Arrodillándose.] Que nadie derrame lágrimas por el noble Mucio;
vive en la fama quien murió en causa de virtud.

MARCO.

Mi señor, por salir de este triste abatimiento,
¿cómo es que la astuta reina de los godos
se ha visto de pronto así encumbrada en Roma?

TITO.

No lo sé, Marco, pero sé que así es.
Si por artificio o no, los cielos lo sabrán.
¿No está entonces en deuda con el hombre
que la trajo tan lejos para este gran favor?
Sí, y noblemente lo recompensará.

*Fanfarria. Entran el emperador Saturnino, Tamora y sus dos hijos,
con Aarón el Moro, con tambores y trompetas, por una puerta.
Entran por la otra puerta Basiano y Lavinia con otros.*

SATURNINO.

Conque, Basiano, os habéis ganado vuestro premio.
Que Dios os dé alegría, señor, con vuestra gallarda esposa.

BASIANO.

Y a vos con la vuestra, mi señor. No digo más,
ni deseo menos; y así me despido.

SATURNINO.

Traidor, si Roma tiene leyes o nosotros tenemos poder,
tú y tu facción lamentaréis este rapto.

BASIANO.

¿Rapto llamáis, mi señor, a tomar lo que es mío,
mi verdadero amor prometido, y ahora mi esposa?
Pero que las leyes de Roma lo determinen todo;
mientras tanto, estoy en posesión de lo que es mío.

SATURNINO.

Está bien, señor. Sois muy brusco con nosotros;
pero si vivimos, seremos igual de duros con vos.

BASIANO.

Mi señor, de lo que he hecho, lo mejor que pueda,
he de responder, y lo haré con mi vida.
Solo esto quiero que vuestra gracia sepa:
por todos los deberes que debo a Roma,
este noble caballero, el señor Tito aquí presente,
es agraviado en su reputación y en su honor,
pues, en el rescate de Lavinia,
con su propia mano dio muerte a su hijo menor,
por celo hacia vos, y sumamente movido a la ira
al verse contrariado en lo que francamente había otorgado.
Recibidlo, pues, con vuestro favor, Saturnino,
que se ha mostrado en todos sus actos
padre y amigo vuestro y de Roma.

TITO.

Príncipe Basiano, dejad de abogar por mis actos.

Sois vos, y esos, quienes me habéis deshonrado.
Que Roma y los justos cielos sean mi juez
de cuánto he amado y honrado a Saturnino.

TAMORA.

Mi digno señor, si alguna vez Tamora
fue grata a esos ojos principescos vuestros,
escuchadme entonces hablar con imparcialidad por todos;
y a mi ruego, amor mío, perdonad lo pasado.

SATURNINO.

¿Cómo, señora, ser deshonrado abiertamente,
y tragármelo vilmente sin venganza?

TAMORA.

No así, mi señor; los dioses de Roma me libren
de ser yo la autora de vuestro deshonor.
Pero por mi honor me atrevo a responder
de la inocencia en todo del buen señor Tito,
cuya cólera, sin disimulo, habla de sus penas.
Entonces, a mi ruego, miradlo con benevolencia;
no perdáis a amigo tan noble por vana sospecha,
ni aflijáis con torvos gestos su noble corazón.
[*Aparte.*] Mi señor, dejaos guiar por mí, ceded al fin;
disimulad todos vuestros agravios y descontentos.
No hace sino poco que estáis asentado en el trono;
no sea que, entonces, el pueblo, y también los patricios,
tras un justo examen, tomen partido por Tito,
y así os derroquen por ingratitud,
que Roma reputa pecado atroz;
ceded a los ruegos, y dejadme el resto a mí.
Yo hallaré un día para masacrarlos a todos,
y arrasar su facción y su familia,
al cruel padre y a sus traidores hijos,
a quienes supliqué por la vida de mi querido hijo;
y les haré saber lo que es dejar que una reina
se arrodille en las calles y suplique clemencia en vano.

[En voz alta.] Venid, venid, dulce emperador; venid, Andrónico; levantad a este buen anciano, y alegrad el corazón que muere en la tempestad de vuestro ceño airado.

SATURNINO.

Levantaos, Tito, levantaos; mi emperatriz ha prevalecido.

TITO.

Doy las gracias a vuestra majestad y a ella, mi señor.
Estas palabras, estas miradas, me infunden nueva vida.

TAMORA.

Tito, yo me he incorporado a Roma,
romana ya, felizmente adoptada,
y debo aconsejar al emperador para su bien.
Hoy mueren todas las discordias, Andrónico;
y sea para mi honra, mi buen señor,
haber reconciliado a vuestros amigos con vos.
Por vos, príncipe Basiano, he empeñado
mi palabra y promesa al emperador
de que seréis más apacible y dócil.
Y no temáis, señores, ni vos, Lavinia.
Por consejo mío, todos humillados de rodillas,
pediréis perdón a su majestad.

LUCIO.

Así lo hacemos, y juramos al cielo y a su alteza
que lo que hicimos fue con la mayor medida que pudimos,
velando por el honor de nuestra hermana y el nuestro.

MARCO.

Eso protesto aquí, por mi honor.

SATURNINO.

Fuera, y no habléis más; no nos molestéis más.

TAMORA.

No, no, dulce emperador, todos debemos ser amigos.
El tribuno y sus sobrinos se arrodillan pidiendo gracia;
no se me ha de negar. Corazón mío, volved a mirar.

SATURNINO.

Marco, por tu bien, y por el de tu hermano aquí presente,
y a los ruegos de mi encantadora Tamora,
remito las atroces faltas de estos jóvenes.

Levantaos.

Lavinia, aunque me dejasteis como un patán,
hallé una amiga, y tan cierto como la muerte juré
que no me apartaría soltero del sacerdote.

Venid; si la corte del emperador puede festejar a dos novias,
sois mi invitada, Lavinia, y también vuestros amigos.

Este día será día de amor, Tamora.

TITO.

Mañana, si a vuestra majestad place
cazar conmigo la pantera y el ciervo,
con cuerno y jauría os daremos, vuestra gracia, *bonjour*.

SATURNINO.

Así sea, Tito, y gran merced también.

[Suenan las trompetas. Salen todos menos Aarón.]

ACTO II. ESCENA I

Roma. Ante el palacio.

Aarón, solo.

AARÓN.

Ya Tamora asciende a la cima del Olimpo,
a salvo del tiro de la Fortuna, y se sienta en lo alto,
segura del estallido del trueno o el fogonazo del rayo,
por encima del alcance amenazante de la pálida envidia.
Como cuando el sol dorado saluda a la mañana,
y, tras dorar el océano con sus rayos,
galopa el zodíaco en su carro reluciente,
y domina las cumbres más erguidas de los montes;
así Tamora.

Sobre su ingenio aguarda el honor terreno,
y la virtud se inclina y tiembla ante su ceño.
Entonces, Aarón, arma tu corazón y ajusta tus pensamientos
para ascender a lo alto con tu señora imperial,
y alcanzar su altura, a ella, a quien tú en triunfo tanto tiempo
has tenido presa, encadenada en grillos amorosos,
y más firmemente atada a los ojos hechiceros de Aarón
que Prometeo al Cáucaso.

¡Fuera ropas serviles y pensamientos de esclavo!
Seré espléndido, y luciré en perla y oro,
para servir a esta emperatriz recién nombrada.
¿Servir, dije? ¡Retojar con esta reina,
esta diosa, esta Semíramis, esta ninfa,

esta sirena, que hechizará al Saturnino de Roma,
y verá naufragar a él y a su república!
¡Alto! ¿Qué tormenta es esta?

Entran Quirón y Demetrio, fanfarroneando.

DEMETRIO.

Quirón, a tus años les falta juicio, a tu juicio le falta filo
y modales, para entrometerte donde yo soy favorecido,
y donde, por lo que tú sabes, puedo ser correspondido.

QUIRÓN.

Demetrio, presumes en todo,
y también en esto, al querer abatirme con fanfarronadas.
No es la diferencia de un año o dos
la que me hace menos favorecido, ni a ti más afortunado.
Soy tan capaz y tan digno como tú
de servir y merecer la gracia de mi señora;
y eso lo probará mi espada sobre ti,
y alegará mis pasiones por el amor de Lavinia.

AARÓN.

[Aparte.] ¡A las armas, a las armas! Estos amantes no guardarán la
paz.

DEMETRIO.

Vamos, muchacho, aunque nuestra madre, sin pensarlo,
te ciñó al costado un estoque de baile,
¿te has vuelto tan temerario que amenazas a tus amigos?
Anda; ten pegada esa hoja de madera en su vaina
hasta que sepas manejarla mejor.

QUIRÓN.

Mientras tanto, señor, con la poca destreza que tengo,
bien percibirás cuánto me atrevo.

DEMETRIO.

¡Vaya, muchacho! ¿Tan valiente te vuelves?

[Desenvainan.]

AARÓN.

¿Cómo es esto, señores?
¿Tan cerca del palacio del emperador osáis desenvainar,
y sostener así, en público, esta disputa?
Bien sé yo la causa de todo este rencor.
No querría, ni por un millón de oro,
que la causa fuese conocida por quien más le atañe;
ni vuestra noble madre, por mucho más,
querría verse así deshonrada en la corte de Roma.
Por vergüenza, envainad.

DEMETRIO.

Yo no, hasta que haya envainado
mi estoque en su pecho, y con ello
le haga tragarse esas palabras injuriosas
que ha pronunciado aquí para mi deshonra.

QUIRÓN.

Para eso estoy preparado y del todo resuelto,
cobarde deslenguado, que truenas con la lengua
y con el arma nada te atreves a hacer.

AARÓN.

¡Basta, os digo!
Ahora, por los dioses que los godos guerreros adoran,
esta linda reyerta nos perderá a todos.
Vamos, señores, ¿no pensáis cuán peligroso
es usurpar el derecho de un príncipe?
¿Qué, se ha vuelto Lavinia tan liviana,
o Basiano tan degenerado,
que por su amor puedan trabarse tales riñas
sin freno, justicia ni venganza?
¡Jóvenes señores, cuidado! Y si la emperatriz supiera
el origen de esta discordia, la música no le placería.

QUIRÓN.

A mí no me importa que lo sepa ella y el mundo entero.
Amo a Lavinia más que a todo el mundo.

DEMETRIO.

Mozalbete, aprende a hacer una elección más humilde.
Lavinia es la esperanza de tu hermano mayor.

AARÓN.

Pero, ¿estáis locos? ¿O no sabéis que en Roma
son tan furiosos e impacientes,
y no soportan rivales en el amor?
Os digo, señores, que no hacéis sino tramar vuestra muerte
con esta treta.

QUIRÓN.

Aarón, mil muertes
propondría yo por conseguir a la que amo.

AARÓN.

¡Conseguirla! ¿Cómo?

DEMETRIO.

¿Por qué te parece tan extraño?
Es mujer, luego puede ser cortejada;
es mujer, luego puede ser conquistada;
es Lavinia, luego ha de ser amada.
Qué, hombre, más agua pasa por el molino
de la que el molinero sabe; y bien fácil es,
de un pan ya cortado, hurtar una rebanada, lo sabemos.
Aunque Basiano sea hermano del emperador,
mejores que él han lucido la insignia de Vulcano.

AARÓN.

[Aparte.] Sí, y tan bueno como puede lucirla Saturnino.

DEMETRIO.

Entonces, ¿por qué ha de desesperar quien sabe cortejar
con palabras, buen semblante y liberalidad?
Qué, ¿no has abatido tú muchas veces una cierva,
y te la has llevado limpiamente ante las narices del guarda?

AARÓN.

Entonces, parece que un cierto arrebató, o algo así,

os vendría bien a los dos.

QUIRÓN.

Sí, con tal de que el turno se sirviera.

DEMETRIO.

Aarón, has dado en el clavo.

AARÓN.

¡Ojalá también vosotros hubierais dado en el clavo!

Así no nos cansaríamos con este alboroto.

Vamos, escuchad, escuchad, ¿sois tan necios como para reñir por esto? ¿Os ofendería, entonces, que a los dos os fuera bien?

QUIRÓN.

A fe mía, a mí no.

DEMETRIO.

Ni a mí, con tal de ser uno de los dos.

AARÓN.

Por vergüenza, sed amigos, y uníos por aquello que os enfrenta.

Es la astucia y el ardid lo que ha de lograr

lo que ambicionáis; y así habéis de resolveros:

lo que no podáis alcanzar como quisierais,

habréis de lograrlo por fuerza como podáis.

Tomad esto de mí: Lucrecia no fue más casta

que esta Lavinia, el amor de Basiano.

Un camino más rápido que el lánguido languidecer

hemos de seguir, y yo he hallado la senda.

Señores míos, hay una solemne cacería en marcha;

allí acudirán en tropel las hermosas damas romanas.

Las sendas del bosque son anchas y espaciosas,

y hay muchos parajes poco frecuentados,

por su naturaleza aptos para la violación y la villanía.

Apartad, pues, hacia allí, a solas, a esta delicada cierva,

y abatidla por la fuerza, si no por las palabras.

Por este camino, o por ninguno, tenéis esperanza.

Venid, venid, a nuestra emperatriz, cuyo ingenio sagrado
está consagrado a la villanía y la venganza,
le haremos saber todo cuanto pretendemos;
y ella limará nuestros artificios con su consejo,
de modo que no os deje reñir entre vosotros,
sino que a ambos os eleve a la altura de vuestros deseos.
La corte del emperador es como la casa de la Fama,
el palacio lleno de lenguas, de ojos y de oídos;
los bosques son despiadados, terribles, sordos y mudos.
Allí hablad y golpead, valientes muchachos, y tomad vuestro turno;
allí servid a vuestra lujuria, a resguardo del ojo del cielo,
y disfrutad del tesoro de Lavinia.

QUIRÓN.

Tu consejo, muchacho, no huele a cobardía.

DEMETRIO.

Sit fas aut nefas, hasta que halle la corriente
que enfríe este ardor, un hechizo que calme estos arrebatos,
per Stygia, per manes vehor.

[*Salen.*]

ACTO II. ESCENA II

Un bosque cerca de Roma; se ve a lo lejos un pabellón de caza. Se oyen trompas y ladridos de sabuesos.

Entran Tito Andrónico y sus tres hijos, y Marco, armando alboroto con sabuesos y trompas.

TITO.

La caza está en marcha, la mañana es clara y gris,
los campos son fragantes, y los bosques están verdes.
Soltad aquí a los perros, y hagamos que ladren,
y despertemos al emperador y a su bella esposa,
y despertemos al príncipe, y toquemos un repique de caza,
para que toda la corte resuene con el estruendo.
Hijos, sea vuestro cuidado, como es el nuestro,
atender con esmero a la persona del emperador.
Turbado he estado en mi sueño esta noche,
pero el amanecer nuevo consuelo me ha inspirado.

Aquí ladran los sabuesos, y suenan las trompas en repique. Entran entonces Saturnino, Tamora, Basiano, Lavinia, Quirón, Demetrio, y sus acompañantes.

Muchos y buenos días a vuestra majestad;
señora, a vos otros tantos y tan buenos.
Prometí a vuestra gracia un repique de caza.

SATURNINO.

Y lo habéis tocado con brío, señores míos;

algo temprano para damas recién casadas.

BASIANO.

Lavinia, ¿qué decís?

LAVINIA.

Digo que no;
he estado bien despierta dos horas y más.

SATURNINO.

Vamos, pues; que tengamos caballos y carros,
y a nuestro deporte. [*A Tamora.*] Señora, ahora veréis
nuestra cacería romana.

MARCO.

Tengo perros, señor,
capaces de levantar a la más soberbia pantera en la persecución,
y de trepar a la cima del más alto promontorio.

TITO.

Y yo tengo un caballo que seguirá por donde la presa
abra camino, y correrá como golondrinas por la llanura.

DEMETRIO.

Quirón, nosotros no cazamos, ni con caballo ni con sabueso,
sino que esperamos derribar a tierra a una delicada cierva.

[*Salen.*]

ACTO II. ESCENA III

Parte solitaria del bosque.

Entra Aarón, solo, llevando una bolsa de oro.

AARÓN.

Quien tuviera ingenio pensaría que yo no lo tengo,
al enterrar tanto oro bajo un árbol
sin nunca después heredarlo.

Que quien así de abyectamente piense de mí
sepa que este oro ha de acuñar una estratagema
que, ejecutada con astucia, engendrará
una pieza de villanía en verdad excelente.

Reposa, pues, dulce oro, para el desasosiego de aquellos
que reciben su limosna del cofre de la emperatriz.

[Esconde la bolsa.]

Entra Tamora, sola, junto al Moro.

TAMORA.

Mi amado Aarón, ¿por qué luces tan triste
cuando todo hace alegre ostentación?

Los pájaros cantan su melodía en cada arbusto,
las serpientes yacen enroscadas al sol alegre,
las verdes hojas tiemblan con el viento fresco
y hacen sombra a cuadros sobre el suelo.

Bajo su dulce sombra, Aarón, sentémonos,
y mientras el eco parlanchín se burla de los sabuesos,

respondiendo agudo a los cuernos bien templados,
como si se oyera a la vez una doble cacería,
sentémonos y escuchemos su aullido;
y tras un combate como el que se cuenta
gozaron una vez el príncipe errante y Dido,
cuando una feliz tormenta los sorprendió
y una cueva discreta los cubrió con su cortina,
podremos, enlazados cada uno en los brazos del otro,
terminados nuestros juegos, gozar de un sueño dorado,
mientras sabuesos, cuernos y dulces pájaros melodiosos
sean para nosotros como la canción de una nodriza
que arrulla a su niño para dormirlo.

AARÓN.

Señora, aunque Venus gobierne tus deseos,
Saturno es quien domina los míos.
¿Qué significan mi mirada de muerte fija,
mi silencio y mi nublada melancolía,
mi vellón de lana rizada que ahora se despliega
igual que una víbora cuando se desenrolla
para consumir una ejecución fatal?
No, señora, no son estas señales venéreas.
La venganza está en mi corazón, la muerte en mi mano,
sangre y venganza golpean en mi cabeza.
Escucha, Tamora, emperatriz de mi alma,
que nunca espera más cielo que el que reside en ti:
este es el día del juicio para Basiano;
su Filomela ha de perder hoy la lengua,
tus hijos harán saqueo de su castidad
y lavarán sus manos en la sangre de Basiano.
¿Ves esta carta? Tómala, te lo ruego,
y dale al rey este pergamino de trama fatal.
Ya no me preguntes más; nos han visto;
aquí viene parte de nuestro prometedor botín,
que aún no teme la destrucción de sus vidas.

Entran Basiano y Lavinia.

TAMORA.

¡Ah, mi dulce Moro, más dulce para mí que la vida!

AARÓN.

No más, gran emperatriz. Basiano viene.

Muéstrate hostil con él; iré a buscar a tus hijos para respaldar tus querellas, sean las que sean.

[Sale.]

BASIANO.

¿A quién tenemos aquí? ¿A la regia emperatriz de Roma desprovista de su séquito digno de ella?

¿O es Diana, vestida como ella, que ha abandonado sus sagradas arboledas para ver la cacería general en este bosque?

TAMORA.

¡Insolente fiscalizador de mis pasos privados! Si tuviera yo el poder que dicen que tuvo Diana, tus sienes se verían al punto coronadas de cuernos, como las de Acteón, y los sabuesos se lanzarían sobre tus miembros recién transformados, maleducado intruso que eres.

LAVINIA.

Con vuestro permiso, gentil emperatriz, se dice que tenéis un notable don para poner cuernos, y es de temer que vuestro Moro y vos os hayáis apartado para hacer experimentos. ¡Que Júpiter guarde hoy a vuestro esposo de sus sabuesos! Lástima sería que lo tomasen por un ciervo.

BASIANO.

Creedme, reina, vuestro cimerio atezado tiñe vuestro honor del color de su cuerpo, manchado, detestable y abominable. ¿Por qué os habéis apartado de todo vuestro séquito, desmontado de vuestro hermoso corcel blanco como la nieve,

y venido errante hasta este paraje oscuro,
acompañada tan solo de un bárbaro Moro,
si un deseo infame no os hubiera conducido?

LAVINIA.

Y, ya que hemos interrumpido vuestro juego,
buena razón hay para que mi noble señor sea reprendido
por su insolencia. Os ruego que nos marchemos
y dejemos que ella goce de su amor color de cuervo;
este valle conviene a su propósito a la perfección.

BASIANO.

El rey, mi hermano, tendrá noticia de esto.

LAVINIA.

Sí, pues tales deslices lo han hecho ya notorio.
¡Buen rey, verse tan grandemente ultrajado!

TAMORA.

Vaya, tengo paciencia para soportar todo esto.

Entran Quirón y Demetrio.

DEMETRIO.

¿Qué ocurre, querida soberana y graciosa madre nuestra?
¿Por qué luce vuestra alteza tan pálida y macilenta?

TAMORA.

¿No tengo razón, pensáis, para estar pálida?
Estos dos me han atraído con engaños hasta este lugar,
un valle yermo y detestable, como veis que es;
los árboles, aunque es verano, están mustios y flacos,
vencidos por el musgo y el funesto muérdago.
Aquí nunca brilla el sol, aquí nada se cría,
salvo el búho nocturno o el cuervo aciago.
Y cuando me mostraron este pozo aborrecido,
me dijeron que aquí, en lo más muerto de la noche,
mil demonios, mil serpientes silbantes,
diez mil sapos hinchados, otros tantos erizos,
lanzarían gritos tan espantosos y confusos

que cualquier cuerpo mortal que los oyese
al punto enloquecería, o moriría de repente.
Apenas me habían contado ese cuento infernal
cuando de inmediato me dijeron que me atarían aquí,
al tronco de un fúnebre tejo,
y me dejarían a esta muerte miserable.
Y luego me llamaron adúltera inmunda,
goda lasciva, y con todos los términos más amargos
que jamás oído alguno oyó en tal sentido.
Y de no haber venido vosotros por prodigiosa fortuna,
esta venganza sobre mí la habrían ejecutado.
Vengadla, si amáis la vida de vuestra madre,
o no os llaméis desde ahora hijos míos.

DEMETRIO.

Esta es testigo de que soy tu hijo.

[Apuñala a Basiano.]

QUIRÓN.

Y esto por mí, asestado a fondo para mostrar mi fuerza.

[También apuñala a Basiano, que muere.]

LAVINIA.

Ah, ven, Semíramis... no, bárbara Tamora,
ique ningún nombre conviene a tu naturaleza sino el tuyo propio!

TAMORA.

Dame tu puñal; sabréis, hijos míos,
que la mano de vuestra madre vengará el agravio de vuestra madre.

DEMETRIO.

Esperad, señora, aún queda más para ella.
Primero se trilla el grano, luego se quema la paja.
Esta mujerzuela hacía alarde de su castidad,
de su voto nupcial, de su lealtad,
y con esa falsa esperanza desafía a vuestra grandeza;
¿y ha de llevarse esto a la tumba?

QUIRÓN.

Y si así fuera, ojalá fuese yo un eunuco.

Arrastrad de aquí a su esposo hasta algún hoyo secreto,
y haced de su tronco muerto almohada para nuestra lujuria.

TAMORA.

Pero cuando tengáis la miel que deseáis,
no dejéis viva a esta avispa, para que no nos pique a ambos.

QUIRÓN.

Os lo aseguro, señora, nos ocuparemos de eso.
Ven, señora, ahora a la fuerza gozaremos
de esa honestidad tuya tan celosamente guardada.

LAVINIA.

¡Oh, Tamora, tienes rostro de mujer...!

TAMORA.

No la oiré hablar; illeváosla de aquí!

LAVINIA.

Dulces señores, rogadle que me escuche solo una palabra.

DEMETRIO.

Escuchad, bella señora: que sea gloria vuestra
ver sus lágrimas; pero sea vuestro corazón ante ellas
como pedernal inflexible ante gotas de lluvia.

LAVINIA.

¿Cuándo enseñaron las crías del tigre a la madre?
Oh, no aprendas tú su furia; ella te la enseñó a ti;
la leche que mamaste de ella se volvió mármol;
ya en su pecho mamaste tu tiranía.
Y sin embargo no toda madre cría hijos iguales.
[A Quirón.] Ruégale tú que muestre piedad de mujer.

QUIRÓN.

¿Cómo, quieres que demuestre ser un bastardo?

LAVINIA.

Cierto es que el cuervo no empolla una alondra.

Y sin embargo he oído —¡oh, si pudiera hallarlo ahora!—
que el león, movido a piedad, consintió
que le recortaran del todo sus regias garras.
Dicen algunos que los cuervos crían niños desamparados
mientras sus propias crías se mueren de hambre en el nido.
Oh, sé para mí, aunque tu duro corazón diga que no,
no tan bondadoso, mas sí algo compasivo.

TAMORA.

No sé qué significa eso; illeváosla de aquí!

LAVINIA.

¡Oh, déjame enseñártelo! Por el bien de mi padre,
que te dio la vida cuando bien pudo haberte matado,
no seas obstinada, abre tus oídos sordos.

TAMORA.

Aunque tú en persona nunca me hubieras ofendido,
solo por él seré despiadada.

Recordad, hijos, que derramé lágrimas en vano
por salvar a vuestro hermano del sacrificio,
mas el fiero Andrónico no quiso ceder.

Así pues, lleváosla, y usadla como queráis;
cuanto peor le vaya, más amados seréis por mí.

LAVINIA.

¡Oh, Tamora, hazte llamar reina clemente,
y con tus propias manos mátame en este lugar!
Pues no es la vida lo que tanto tiempo he suplicado;
pobre de mí, morí cuando murió Basiano.

TAMORA.

¿Qué suplicas, entonces? Necia mujer, déjame ir.

LAVINIA.

Muerte inmediata es lo que suplico; y una cosa más
que el pudor niega a mi lengua contar.
Oh, líbrame de su lujuria, peor que la muerte,
y arrójame a algún pozo repugnante,

donde ojo de hombre jamás pueda ver mi cuerpo.
Haz esto, y sé una asesina caritativa.

TAMORA.

Así robaría a mis dulces hijos su recompensa.
No, que sacien en ti su lujuria.

DEMETRIO.

Fuera, que nos has retenido aquí demasiado tiempo.

LAVINIA.

¿Ni gracia, ni compasión de mujer? ¡Ah, criatura bestial,
mancha y enemiga de nuestro nombre común!
Que caiga la ruina—

QUIRÓN.

No, entonces te taparé la boca. Trae tú a su esposo.
Este es el hoyo donde Aarón nos mandó esconderlo.

[Meten el cuerpo de Basiano en el pozo y salen, llevándose a Lavinia.]

TAMORA.

Adiós, hijos míos. Procurad dejarla bien segura.
Que mi corazón nunca conozca alegría verdadera
hasta que todos los Andrónicos sean eliminados.
Ahora me iré a buscar a mi amado Moro,
y que mis hijos rencorosos desfloren a esa ramera.

[Sale.]

Entra Aarón con dos de los hijos de Tito, Quinto y Marcio.

AARÓN.

Vamos, mis señores, adelante con buen pie.
Al punto os llevaré hasta el repugnante pozo
donde vi a la pantera profundamente dormida.

QUINTO.

Muy turbia está mi vista, sea lo que sea que presagie.

MARCIO.

Y la mía también, te lo aseguro. Si no fuera por la vergüenza, bien podría dejar nuestro juego para dormir un rato.

[Cae en el pozo.]

QUINTO.

¿Cómo, has caído? ¿Qué hoyo traicionero es este, cuya boca está cubierta de zarzas silvestres, en cuyas hojas hay gotas de sangre recién vertida, frescas como rocío matutino destilado en las flores? Un lugar en verdad fatídico me parece. Habla, hermano, ¿te has hecho daño con la caída?

MARCIO.

¡Oh, hermano, herido por el objeto más funesto que jamás la vista de un ojo hizo lamentar a un corazón!

AARÓN.

[Aparte.]

Ahora iré a buscar al rey para que los halle aquí, de modo que pueda así sospechar con fundamento que fueron estos quienes acabaron con su hermano.

[Sale.]

MARCIO.

¿Por qué no me consuelas, y me ayudas a salir de este hoyo impío y manchado de sangre?

QUINTO.

Me sorprende un temor extraño;
un sudor helado recorre mis miembros temblorosos.
Mi corazón sospecha más de lo que mi ojo puede ver.

MARCIO.

Para probar que tienes un corazón de verdadero augurio, Aarón y tú mirad al fondo de esta guarida, y veréis una visión espantosa de sangre y muerte.

QUINTO.

Aarón se ha ido, y mi corazón compasivo
no permitirá que mis ojos contemplen
aquello ante lo cual tiembla por sola conjetura.
Oh, dime quién es; pues nunca hasta ahora
fui niño para temer no sé qué cosa.

MARCIO.

El señor Basiano yace embadurnado en sangre,
todo hecho un ovillo, como un cordero degollado,
en este pozo detestable, oscuro, bebedor de sangre.

QUINTO.

Si está oscuro, ¿cómo sabes que es él?

MARCIO.

En su dedo ensangrentado lleva puesto
un anillo precioso que ilumina todo el hoyo,
el cual, como un cirio en algún sepulcro,
brilla sobre las mejillas terrosas del muerto
y muestra las ásperas entrañas del pozo.
Así de pálida brilló la luna sobre Píramo
cuando yacía de noche bañado en sangre de doncella.
Oh, hermano, ayúdame con tu mano desfallecida,
si el miedo te ha debilitado, como a mí me ha debilitado,
a salir de este fiero y devorador receptáculo,
tan odioso como la brumosa boca del Cocito.

QUINTO.

Dame tu mano, para que pueda sacarte,
o, faltándome fuerza para hacerte tanto bien,
tal vez sea arrastrado al vientre que todo lo traga
de este profundo pozo, tumba del pobre Basiano.
No tengo fuerza para arrastrarte hasta el borde.

MARCIO.

Ni yo tengo fuerza para trepar sin tu ayuda.

QUINTO.

Tu mano una vez más; no la soltaré
hasta que estés aquí arriba, o yo abajo.
Tú no puedes venir a mí. Yo voy a ti.

[Cae también.]

Entran el emperador Saturnino y Aarón el Moro.

SATURNINO.

¡Venid conmigo! Veré qué hoyo es este,
y quién es el que en él acaba de saltar.
Di, ¿quién eres tú que hace poco descendiste
a esta boca abierta de la tierra?

MARCIO.

Los desdichados hijos del viejo Andrónico,
traídos aquí en la más aciaga hora,
para hallar muerto a vuestro hermano Basiano.

SATURNINO.

¡Mi hermano, muerto! Sé que no haces sino bromear.
Él y su dama están ambos en el pabellón,
al norte de este ameno coto de caza;
no hace ni una hora que los dejé allí.

MARCIO.

No sabemos dónde los dejasteis con vida a ambos;
pero, ay, aquí lo hemos hallado muerto.

Entran Tamora, Tito Andrónico y Lucio.

TAMORA.

¿Dónde está mi señor el rey?

SATURNINO.

Aquí, Tamora; aunque abrumado por un dolor mortal.

TAMORA.

¿Dónde está tu hermano Basiano?

SATURNINO.

Ahora hasta el fondo escudriñas mi herida.
Aquí yace asesinado el pobre Basiano.

TAMORA.

Entonces, demasiado tarde traigo este escrito fatal,
la trama de esta prematura tragedia;
y me asombra en gran manera que un rostro humano pueda ocultar
tras sonrisas placenteras tan asesina tiranía.

[Le da a Saturnino una carta.]

SATURNINO.

[Lee.]

_Si no logramos encontrarnos con él como conviene,
dulce cazador —a Basiano nos referimos—,
haz tú al menos de cavarle la tumba;
tú sabes lo que queremos decir. Busca tu recompensa
entre las ortigas, junto al saúco
que da sombra a la boca de ese mismo pozo
donde decidimos enterrar a Basiano.
Haz esto, y gánate nuestra amistad duradera._
¡Oh, Tamora! ¿Se oyó jamás cosa igual?
Este es el pozo, y este el saúco.
Mirad, señores, a ver si podéis hallar al cazador
que debía haber asesinado aquí a Basiano.

AARÓN.

Mi gracioso señor, aquí está la bolsa de oro.

[Mostrándola.]

SATURNINO.

[A Tito.]

Dos de tus cachorros, crueles perros de sangrienta ralea,
han privado aquí a mi hermano de la vida.
Señores, arrastradlos del pozo a la prisión.
Allí que permanezcan hasta que hayamos ideado
para ellos algún tormento jamás oído.

TAMORA.

¿Cómo, están en este pozo? ¡Oh, cosa prodigiosa!
¡Con cuánta facilidad se descubre un asesinato!

TITO.

Alto emperador, sobre mi débil rodilla
os suplico esta merced, con lágrimas no vertidas a la ligera,
que esta cruel falta de mis malditos hijos
—malditos si la falta se les prueba—

SATURNINO.

¡Si se prueba! Ya veis que es evidente.
¿Quién halló esta carta? Tamora, ¿fuiste tú?

TAMORA.

El propio Andrónico la recogió.

TITO.

Así fue, mi señor, mas dejadme ser su fiador;
pues por la venerable tumba de mis padres juro
que estarán prestos a la voluntad de vuestra alteza
para responder de su sospecha con sus vidas.

SATURNINO.

No serás su fiador. Cuida de seguirme.
Que unos traigan el cuerpo asesinado, otros a los asesinos.
Que no digan palabra; la culpa es manifiesta;
pues, por mi alma, si hubiera fin peor que la muerte,
ese fin sobre ellos habría de ejecutarse.

TAMORA.

Andrónico, yo intercederé ante el rey.
No temas por tus hijos; les irá bastante bien.

TITO.

Ven, Lucio, ven; no te detengas a hablar con ellos.

[Salen por separado. Los sirvientes se llevan el cuerpo.]

ACTO II. ESCENA IV

Otra parte del bosque.

Entran los hijos de la emperatriz, Demetrio y Quirón, con Lavinia, con las manos cortadas y la lengua cercenada, y violada.

DEMETRIO.

Anda, ve ahora y cuenta, si tu lengua puede hablar,
quién fue quien te cortó la lengua y te violó.

QUIRÓN.

Escribe tu pensamiento, revela así tu sentir,
si tus muñones te dejan hacer de escriba.

DEMETRIO.

Mira cómo con señas y gestos sabe garabatear.

QUIRÓN.

Vete a casa, pide agua perfumada, lávate las manos.

DEMETRIO.

No tiene lengua para pedir, ni manos para lavarse;
así que dejémosla a sus paseos silenciosos.

QUIRÓN.

Si fuera mi caso, iría a ahorcarme.

DEMETRIO.

Si tuvieras manos que te ayudaran a anudar la cuerda.

[Salen Quirón y Demetrio.]

Entra Marco, de vuelta de cazar.

MARCO.

¿Quién es esta? ¿Mi sobrina, que huye tan aprisa?
Sobrina, una palabra; ¿dónde está tu esposo?
Si estoy soñando, ¡ojalá toda mi riqueza pudiera despertarme!
Si estoy despierto, que algún astro me derribe,
para que pueda dormir un sueño eterno.
Habla, dulce sobrina, ¿qué manos duras y despiadadas
te han tronchado y mutilado, dejando tu cuerpo despojado
de sus dos ramas, esos dulces ornamentos
cuya sombra circular reyes han deseado para dormir en ella,
sin poder alcanzar felicidad tan grande
como la mitad de tu amor? ¿Por qué no me hablas?
Ay, un río carmesí de sangre tibia,
como fuente burbujeante agitada por el viento,
sube y baja entre tus labios sonrosados,
yendo y viniendo con tu aliento de miel.
Mas sin duda algún Tereo te ha deshonrado,
y, para que no pudieras delatarlo, te cortó la lengua.
Ah, ahora apartas el rostro de vergüenza,
y, a pesar de toda esta pérdida de sangre,
como de un caño con tres surtidores manando,
tus mejillas se ven rojas aún, como el rostro de Titán
sonrojado al encontrarse con una nube.
¿Hablaré yo por ti? ¿Diré que así fue?
Oh, quién conociera tu corazón, y conociera a la bestia,
para poder maldecirlo y aliviar mi ánimo.
El dolor oculto, como horno tapiado,
quema el corazón hasta reducirlo a cenizas donde habita.
La hermosa Filomela, ella solo perdió la lengua,
y en un tedioso bordado cosió su pensamiento;
pero, amada sobrina, ese medio te ha sido arrebatado;
a un Tereo más artero, sobrina, has encontrado tú,
y él te ha cortado esos hermosos dedos
que mejor que Filomela hubieran podido bordar.

Oh, si el monstruo hubiera visto esas manos de azucena
temblar como hojas de álamo sobre un laúd,
y hacer que las cuerdas de seda gozaran de besarlas,
no las habría tocado ni por salvar su vida.
O si hubiera oído la celestial armonía
que esa dulce lengua producía,
habría dejado caer su cuchillo, y se habría dormido,
como Cerbero a los pies del poeta tracio.
Ven, vayamos, y dejemos ciego a tu padre,
pues tal visión cegará el ojo de un padre.
Una hora de tormenta ahogará los prados fragantes;
¿qué harán meses enteros de lágrimas en los ojos de tu padre?
No retrocedas, pues nos lamentaremos contigo.
¡Oh, si nuestro llanto pudiera aliviar tu desdicha!

[Salen.]

ACTO III. ESCENA I

Roma. Una calle.

Entran los jueces y los senadores, con los dos hijos de Tito, Quinto y Marcio, atados, cruzando el escenario camino del lugar de la ejecución, y Tito delante de ellos, suplicando.

TITO.

Oídmе, graves padres; nobles tribunos, ideteneos!
Por piedad de mi edad, cuya juventud se gastó
en guerras peligrosas mientras vos dormíais seguros;
por toda mi sangre vertida en la gran contienda de Roma,
por todas las noches heladas que he velado,
y por estas amargas lágrimas que ahora veis
llenando las viejas arrugas de mis mejillas,
tened piedad de mis hijos condenados,
cuyas almas no están corrompidas como se cree.
Por veintidós hijos jamás derramé una lágrima,
porque murieron en el augusto lecho del honor.

Andrónico se tiende en el suelo, y los jueces pasan de largo junto a él.

[Salen con los prisioneros mientras Tito sigue hablando.]

Por ellos, tribunos, escribo en el polvo
la honda languidez de mi corazón y las tristes lágrimas de mi alma.
Que mis lágrimas sacien la seca sed de la tierra;
la dulce sangre de mis hijos la hará avergonzarse y ruborizarse.

Oh tierra, más te socorreré yo con la lluvia
que ha de destilar de estas dos urnas ancianas,
que el joven abril con todos sus aguaceros.
En la sequía del verano seguiré derramándome sobre ti;
en invierno, con lágrimas cálidas fundiré la nieve,
y mantendré una eterna primavera en tu rostro,
con tal que tú rehúses beber la sangre de mis queridos hijos.

Entra Lucio con la espada desenvainada.

¡Oh venerables tribunos! ¡Oh apacibles ancianos!
Desatad a mis hijos, revocad la sentencia de muerte;
y dejadme decir —yo, que nunca antes lloré—
que mis lágrimas son ahora oradores que prevalecen.

LUCIO.

Oh noble padre, os lamentáis en vano.
Los tribunos no os oyen, no hay nadie cerca;
y contáis vuestras penas a una piedra.

TITO.

Ah, Lucio, deja que interceda por tus hermanos.
Graves tribunos, una vez más os suplico...

LUCIO.

Mi gracioso señor, ningún tribuno os oye hablar.

TITO.

Bah, no importa, muchacho. Si me oyeran,
no me harían caso; y si me hicieran caso,
no se apiadarían de mí; y sin embargo he de suplicar,
aunque sea en vano para ellos.

Por eso cuento mis penas a las piedras,
que, aunque no pueden responder a mi angustia,
son en cierto modo mejores que los tribunos,
porque no interrumpen mi relato.

Cuando lloro, ellas humildemente a mis pies
reciben mis lágrimas, y parecen llorar conmigo;
y si tan solo vistieran ropajes graves,

Roma no podría ofrecer tribunos semejantes a estas.
Una piedra es blanda como la cera; los tribunos, más duros que las piedras;
una piedra es silenciosa y no ofende,
y los tribunos con sus lenguas condenan a muerte a los hombres.
Pero ¿por qué estás ahí con la espada desenvainada?

LUCIO.

Para rescatar de la muerte a mis dos hermanos;
por cuyo intento los jueces han pronunciado
mi eterna sentencia de destierro.

TITO.

Oh, hombre feliz, te han hecho un favor.
Necio Lucio, ¿no adviertes
que Roma no es más que un páramo de tigres?
Los tigres han de cazar, y Roma no ofrece presa
sino a mí y a los míos. ¡Qué feliz eres, entonces,
al verte desterrado de estos devoradores!
Pero ¿quién viene aquí con nuestro hermano Marco?

Entra Marco con Lavinia.

MARCO.

Tito, prepara tus viejos ojos para el llanto;
o si no, tu noble corazón para que se rompa.
Traigo un dolor consumidor para tu vejez.

TITO.

¿Habrá de consumirme? Déjame verlo, pues.

MARCO.

Esta era tu hija.

TITO.

Cómo, Marco, todavía lo es.

LUCIO.

¡Ay de mí, esta visión me mata!

TITO.

Muchacho pusilánime, levántate y mírala.
Habla, Lavinia, ¿qué mano maldita
te ha dejado sin manos ante los ojos de tu padre?
¿Qué necio ha añadido agua al mar,
o traído un tizón a la Troya en llamas?
Mi dolor había llegado a su colmo antes de que tú llegaras,
y ahora, como el Nilo, desdeña los límites.
Dadme una espada, yo también me cortaré las manos;
pues ellas han luchado por Roma, y todo en vano;
y ellas han alimentado esta pena sustentando la vida;
en vana plegaria se han alzado,
y me han servido para un uso sin efecto.
Ahora todo el servicio que les exijo
es que la una ayude a cortar la otra.
Está bien, Lavinia, que no tengas manos,
pues manos para servir a Roma son en vano.

LUCIO.

Habla, dulce hermana, ¿quién te ha martirizado?

MARCO.

Oh, aquel deleitoso instrumento de sus pensamientos,
que los proclamaba con tan grata elocuencia,
ha sido arrancado de aquella hermosa jaula hueca
donde, cual dulce pájaro melodioso, cantaba
notas dulces y variadas, encantando todo oído.

LUCIO.

Oh, dilo tú por ella, ¿quién ha hecho esto?

MARCO.

Así la hallé, vagando por el parque,
buscando esconderse, como hace el ciervo
que ha recibido una herida incurable.

TITO.

Era mi cierva, y quien la hirió

me ha dañado más que si me hubiese matado.
Pues ahora estoy como quien se halla en una roca,
rodeado por un páramo de mar,
que observa cómo la marea creciente sube ola tras ola,
esperando siempre el momento en que alguna ola envidiosa
lo trague en sus entrañas salobres.
Por ese camino a la muerte se han ido mis desdichados hijos;
aquí está mi otro hijo, un hombre desterrado,
y aquí mi hermano, llorando por mis penas.
Pero lo que da a mi alma el mayor tormento
es la querida Lavinia, más querida que mi alma.
Si tan solo hubiera visto tu retrato en este estado,
me habría enloquecido. ¿Qué he de hacer
ahora que contemplo así tu cuerpo vivo?
No tienes manos para enjugarte las lágrimas,
ni lengua para decirme quién te ha martirizado.
Tu esposo ha muerto, y por su muerte
tus hermanos están condenados, y ya muertos a estas horas.
¡Mira, Marco! Ah, hijo Lucio, ¡mírala!
Cuando nombré a sus hermanos, lágrimas frescas
asomaron a sus mejillas, como el rocío de miel
sobre un lirio cortado, casi marchito.

MARCO.

Quizá llora porque mataron a su esposo;
quizá porque sabe que ellos son inocentes.

TITO.

Si mataron a tu esposo, entonces alégrate,
porque la ley se ha vengado ya de ellos.
No, no, no harían un hecho tan infame;
testigo es el dolor que muestra su hermana.
Dulce Lavinia, déjame besar tus labios,
o hazme alguna seña de cómo aliviarte.
¿Se sentarán tu buen tío, y tu hermano Lucio,
y tú, y yo, en torno a alguna fuente,
mirando todos hacia abajo para contemplar nuestras mejillas,

cómo están manchadas, como prados aún no secos,
con el cieno fangoso que deja una riada?
¿Y en la fuente miraremos tanto tiempo
hasta que se pierda el sabor fresco de esa claridad,
y se haga un pozo de salmuera con nuestras amargas lágrimas?
¿O nos cortaremos las manos como las tuyas?
¿O nos morderemos la lengua, y en mudos ademanes
pasaremos el resto de nuestros odiosos días?
¿Qué hemos de hacer? Los que aún tenemos lengua,
tramemos algún artificio de mayor desdicha,
para que nos admiren en el tiempo venidero.

LUCIO.

Dulce padre, cesad vuestras lágrimas; pues ante vuestro dolor
mirad cómo solloza y llora mi desdichada hermana.

MARCO.

Paciencia, querida sobrina. Buen Tito, seca los ojos.

TITO.

¡Ah, Marco, Marco! Hermano, bien sé
que tu pañuelo no puede beber una lágrima mía,
pues tú, pobre hombre, lo has anegado ya con las tuyas.

LUCIO.

Ah, Lavinia mía, te enjugaré las mejillas.

TITO.

¡Fíjate, Marco, fíjate! Entiendo sus señas.
Si tuviera lengua para hablar, ahora diría
a su hermano lo mismo que yo te dije a ti.
Su pañuelo, empapado de lágrimas verdaderas,
de nada sirve en sus afligidas mejillas.
Oh, qué comunión de dolor es esta,
tan lejos del consuelo como el limbo de la gloria.

Entra Aarón el Moro, solo.

AARÓN.

Tito Andrónico, mi señor el emperador

te envía este mensaje: que si amas a tus hijos,
que Marco, Lucio, o tú mismo, viejo Tito,
o cualquiera de vosotros, se corte una mano
y la envíe al rey; él, a cambio,
te devolverá aquí a tus dos hijos vivos,
y ese será el rescate de su culpa.

TITO.

¡Oh, gracioso emperador! ¡Oh, gentil Aarón!
¿Cantó jamás un cuervo tan como una alondra
que da dulces nuevas de la salida del sol?
Con todo mi corazón enviaré al emperador mi mano.
Buen Aarón, ¿me ayudarás a cortarla?

LUCIO.

Deteneos, padre, pues esa noble mano vuestra,
que ha derribado a tantos enemigos,
no será enviada. Mi mano servirá para el caso.
Mi juventud puede prescindir de mi sangre mejor que vos;
y por tanto la mía salvará la vida de mis hermanos.

MARCO.

¿Cuál de tus manos no ha defendido a Roma,
y alzado en lo alto la sangrienta hacha de guerra,
escribiendo la destrucción en el castillo enemigo?
Oh, ninguna de las dos sino de alto mérito.
Mi mano ha estado ociosa; que sirva
para rescatar a mis dos sobrinos de la muerte;
así la habré guardado para un fin digno.

AARÓN.

Vamos, poneos de acuerdo sobre qué mano ha de ir,
no sea que mueran antes de que llegue su perdón.

MARCO.

Mi mano irá.

LUCIO.

¡Por el cielo, no irá!

TITO.

Señores, no discutáis más. Hierbas marchitas como estas son las indicadas para arrancar, y por tanto la mía.

LUCIO.

Dulce padre, si he de ser tenido por hijo tuyo, dejadme redimir a mis dos hermanos de la muerte.

MARCO.

Y por el amor de nuestro padre y el cuidado de nuestra madre, ahora déjame mostrarte un amor de hermano.

TITO.

Poneos de acuerdo entre vosotros; yo conservaré mi mano.

LUCIO.

Entonces iré a buscar un hacha.

MARCO.

Pero seré yo quien use el hacha.

[Salen Lucio y Marco.]

TITO.

Ven aquí, Aarón; los voy a engañar a los dos. Préstame tu mano, y yo te daré la mía.

AARÓN.

[Aparte.] Si eso se llama engaño, seré honrado, y jamás mientras viva engañaré así a los hombres. Pero te engañaré yo de otro modo, y eso lo dirás antes de que pase media hora.

[Le corta la mano a Tito.]

Entran de nuevo Lucio y Marco.

TITO.

Ahora cesad vuestra disputa. Lo que había de ser, ya está hecho. Buen Aarón, dale mi mano a su majestad. Dile que fue una mano que lo protegió de mil peligros; pídele que la entierre;

más ha merecido, que eso tenga.
En cuanto a mis hijos, dile que los tengo
por joyas compradas a bajo precio;
y sin embargo caras también, porque compré lo que era mío.

AARÓN.

Voy, Andrónico; y a cambio de tu mano
espera pronto tener a tus hijos contigo.
[*Aparte.*] Sus cabezas, quiero decir. ¡Oh, cómo esta villanía
me ceba solo con pensarlo!
Que los necios hagan el bien, y los hombres de bien pidan la gracia;
Aarón tendrá el alma tan negra como el rostro.

[*Sale.*]

TITO.

Oh, aquí levanto esta única mano al cielo,
y doblo hasta la tierra esta ruina débil.
Si algún poder se apiada de las lágrimas desdichadas,
¡a él invoco! [*A Lavinia.*] ¿Qué, quieres arrodillarte conmigo?
Hazlo, entonces, querido corazón; pues el cielo oirá nuestras
plegarias,
o con nuestros suspiros empañaremos el firmamento,
y mancharemos el sol de bruma, como a veces las nubes
cuando lo abrazan en su seno que se deshace.

MARCO.

Oh, hermano, habla de lo posible,
y no te rompas en estos hondos extremos.

TITO.

¿No es hondo mi dolor, que no tiene fondo?
Entonces que sean mis pasiones sin fondo también.

MARCO.

Pero deja que la razón gobierne tu lamento.

TITO.

Si hubiera razón para estas desdichas,
entonces podría encerrar mis penas en límites.

Cuando el cielo llora, ¿no se desborda la tierra?
Si los vientos se enfurecen, ¿no enloquece el mar,
amenazando al firmamento con su rostro hinchado?
¿Y tú quieres una razón para este tumulto?
Yo soy el mar. ¡Escucha cómo fluyen sus suspiros!
Ella es el firmamento que llora, yo la tierra.
Entonces mi mar ha de conmovearse con sus suspiros;
entonces mi tierra, con sus lágrimas continuas,
ha de volverse un diluvio, desbordado y anegado;
porque mis entrañas no pueden ocultar sus penas,
sino que, como un borracho, he de vomitarlas.
Dame licencia, pues los que pierden tienen licencia
de aliviar el estómago con sus lenguas amargas.

Entra un Mensajero con dos cabezas y una mano.

MENSAJERO.

Digno Andrónico, mal se te ha pagado
aquella buena mano que enviaste al emperador.
Aquí están las cabezas de tus dos nobles hijos,
y aquí tu mano, devuelta en son de burla.
Tu dolor, su diversión; tu resolución, escarnecida.
Tanto me pesa pensar en tus penas
como el recuerdo de la muerte de mi propio padre.

[Sale.]

MARCO.

¡Que se enfríe ahora el ardiente Etna en Sicilia,
y sea mi corazón un infierno eternamente ardiendo!
Estas desdichas son más de lo que se puede soportar.
Llorar con los que lloran alivia algo,
pero el dolor escarnecido es doble muerte.

LUCIO.

Ah, que esta visión abra una herida tan honda,
iy aun así la odiada vida no se estremezca ante ella!

Que la muerte permita a la vida llevar su nombre,
cuando la vida no tiene ya más interés que respirar.

[Lavinia besa a Tito.]

MARCO.

Ay, pobre corazón, ese beso es tan sin consuelo
como el agua helada para una serpiente hambrienta.

TITO.

¿Cuándo tendrá fin este espantoso letargo?

MARCO.

Adiós ya, halago; muere, Andrónico;
tú no estás dormido. Mira las cabezas de tus dos hijos,
tu mano guerrera, tu hija aquí mutilada;
tu otro hijo, desterrado, ante esta cara visión
herido, pálido y sin sangre; y tu hermano, yo,
como una imagen de piedra, frío y entumecido.
Ah, ya no contendré más tus penas.
Arráncate los cabellos plateados, muerde
con los dientes tu otra mano; y sea esta lúgubre visión
el cierre de nuestros más desdichados ojos.
Ahora es tiempo de tempestad; ¿por qué callas?

TITO.

¡Ja, ja, ja!

MARCO.

¿Por qué ríes? No conviene a esta hora.

TITO.

Porque ya no me queda otra lágrima que derramar.
Además, este dolor es un enemigo,
que usurparía mis ojos húmedos,
y los cegaría con lágrimas tributarias.
¿Por qué camino, entonces, hallaré la cueva de la Venganza?
Pues estas dos cabezas parecen hablarme,
y amenazarme con que nunca alcanzaré la dicha
hasta que todos estos males vuelvan a caer

justo en las gargantas de quienes los cometieron.
Vamos, dejadme ver qué tarea tengo por delante.
Vosotros, gente afligida, rodeadme,
para que pueda volverme hacia cada uno de vosotros,
y jurar a mi alma que enderezaré vuestros agravios.
El voto está hecho. Ven, hermano, toma una cabeza;
y en esta mano llevaré yo la otra.
Y tú, Lavinia, serás empleada en estos brazos.
Lleva tú mi mano, dulce niña, entre los dientes.
En cuanto a ti, muchacho, vete, apártate de mi vista;
eres un exiliado, y no debes quedarte.
Corre hacia los godos, y levanta allí un ejército.
Y si me amáis, como creo que me amáis,
besémonos y separémonos, que mucho tenemos que hacer.

[Salen Tito, Marco y Lavinia.]

LUCIO.

Adiós, Andrónico, mi noble padre,
el hombre más desdichado que jamás vivió en Roma.
Adiós, orgullosa Roma, hasta que Lucio vuelva;
él ama sus prendas más que su vida.
Adiós, Lavinia, mi noble hermana;
¡oh, ojalá fueras como antes fuiste!
Pero ahora ni Lucio ni Lavinia viven
sino en el olvido y en odiosos pesares.
Si Lucio vive, vengará vuestros agravios,
y hará que el soberbio Saturnino y su emperatriz
mendiguen a las puertas, como Tarquino y su reina.
Ahora iré a los godos, y levantaré un ejército
para vengarme de Roma y de Saturnino.

[Sale.]

ACTO III. ESCENA II

Roma. Una sala en la casa de Tito. Hay dispuesto un banquete.

Entran Tito Andrónico, Marco, Lavinia y el niño, el joven Lucio.

TITO.

Bien, bien; sentaos ya; y procurad no comer más de lo que baste para conservar en nosotros la fuerza justa para vengar estas amargas penas nuestras.

Marco, deshaz ese nudo de dolor entrelazado.

Tu sobrina y yo, pobres criaturas, carecemos de manos, y no podemos expresar con pasión nuestro décuplo dolor cruzando los brazos. Esta pobre mano derecha mía queda para tiranizar mi propio pecho; y cuando mi corazón, enloquecido de miseria, late en esta hueca prisión de mi carne, así lo golpeo hacia abajo.

Tú, mapa del dolor, que así hablas con señas, cuando tu pobre corazón late con latido desaforado, no puedes golpearlo así para aquietarlo.

Hiérello con suspiros, muchacha, mávalo con gemidos; o toma algún cuchillito entre los dientes, y justo contra tu corazón hazte un agujero, para que todas las lágrimas que dejan caer tus pobres ojos corran a ese sumidero, y, empapándolo, ahoguen en salobres lágrimas de mar a la loca que se lamenta.

MARCO.

¡Vaya, hermano, vaya! No le enseñes así a alzar
manos tan violentas contra su tierna vida.

TITO.

¡Cómo! ¿Ya te ha hecho el dolor desvariar?
Vamos, Marco, nadie debería estar loco sino yo.
¿Qué manos violentas puede alzar ella contra su vida?
Ah, ¿por qué insistes en el nombre de las manos,
para obligar a Eneas a contar dos veces la historia
de cómo ardió Troya y él quedó desdichado?
Oh, no toques ese tema, no hables de manos,
no sea que sigamos recordando que no las tenemos.
¡Vaya, vaya, qué frenéticamente ajusto mis palabras,
como si fuéramos a olvidar que no tenemos manos,
si Marco no pronunciara la palabra manos!
Vamos, comamos; y tú, dulce niña, come esto.
¡Aquí no hay bebida! Escucha, Marco, lo que dice;
puedo interpretar todas sus señas martirizadas.
Dice que no bebe otra bebida que lágrimas,
fermentadas con su pena, mezcladas sobre sus mejillas.
Muda quejosa, aprenderé tu pensamiento;
en tu mudo ademán seré tan diestro
como los ermitaños mendicantes en sus santas oraciones.
No suspirarás, ni alzarás tus muñones al cielo,
ni guiñarás, ni asentirás, ni te arrodillarás, ni harás seña alguna,
sin que yo de todo ello arranque un alfabeto,
y con práctica constante aprenda a conocer tu sentido.

JOVEN LUCIO.

Buen abuelo, dejad estos amargos y hondos lamentos.
Alegrad a mi tía con algún relato ameno.

MARCO.

Ay, el tierno niño, movido por la emoción,
llora al ver la aflicción de su abuelo.

TITO.

Calla, tierno retoño; estás hecho de lágrimas,
y las lágrimas pronto derretirán tu vida.

[Marco golpea el plato con un cuchillo.]

¿A qué golpeas, Marco, con tu cuchillo?

MARCO.

A lo que he matado, señor: una mosca.

TITO.

¡Maldito seas, asesino! Me matas el corazón;
mis ojos están hastiados de ver tiranía;
un acto de muerte cometido sobre un inocente
no le sienta al hermano de Tito. Vete de aquí;
veo que no eres compañía para mí.

MARCO.

Ay, señor, no he hecho sino matar una mosca.

TITO.

¿«Sino»? ¿Y si esa mosca tenía padre y madre?
¡Cómo dejaría caer sus finas alas doradas
y zumbaría lamentos en el aire!
Pobre mosca inofensiva,
que con su linda melodía zumbadora
vino aquí a alegrarnos, y tú la has matado.

MARCO.

Perdóname, señor; era una mosca negra y de mal aspecto,
semejante al Moro de la emperatriz; por eso la maté.

TITO.

¡Oh, oh, oh!
Entonces perdóname por reprenderte,
pues has hecho un acto caritativo.
Dame tu cuchillo, la ultrajaré,
engañándome a mí mismo como si fuera el Moro
venido aquí a propósito para envenenarme.

Toma esto, por ti mismo; y esto, por Tamora.

¡Ah, bribón!

Y sin embargo, creo que no hemos caído tan bajo
que entre los dos no podamos matar una mosca
que llega con la apariencia de un Moro negro como el carbón.

MARCO.

Ay, pobre hombre, tanto le ha trabajado el dolor
que toma falsas sombras por verdaderas sustancias.

TITO.

Vamos, retirad esto. Lavinia, ven conmigo.

Iré a tu gabinete, y leeré contigo
tristes historias sucedidas en tiempos antiguos.

Ven, muchacho, y ven conmigo. Tu vista es joven,
y tú leerás cuando la mía empieza a nublarse.

[Salen.]

ACTO IV. ESCENA I

Roma. Ante la casa de Tito.

Entran el joven Lucio y Lavinia, que corre tras él, y el niño huye de ella con sus libros bajo el brazo. Entran Tito y Marco.

JOVEN LUCIO.

¡Socorro, abuelo, socorro! Mi tía Lavinia me sigue a todas partes, no sé por qué. Buen tío Marco, ¡ved qué deprisa viene! Ay, dulce tía, no sé qué queréis decirme.

MARCO.

Quédate junto a mí, Lucio. No temas a tu tía.

TITO.

Te ama demasiado, muchacho, para hacerte daño.

JOVEN LUCIO.

Sí, cuando mi padre estaba en Roma, así era.

MARCO.

¿Qué quiere decir mi sobrina Lavinia con estas señas?

TITO.

No la temas, Lucio. Algo quiere decir.

Mira, Lucio, mira cuánto se ocupa de ti.

A algún lugar querría llevarte con ella.

Ah, muchacho, Cornelia nunca con más cuidado

leyó a sus hijos que ella te ha leído a ti
dulce poesía y el *Orador* de Tulio.

MARCO.

¿No adivinas por qué así te acosa?

JOVEN LUCIO.

Señor, no lo sé, ni puedo adivinarlo,
a menos que algún acceso o frenesí la posea;
pues he oído decir a mi abuelo muchas veces
que el exceso de dolores enloquece a los hombres;
y he leído que Hécuba de Troya
enloqueció de pena. Eso me hizo temer,
aunque, señor, sé que mi noble tía
me ama tanto como jamás mi madre me amó,
y no espantaría mi niñez sino en un arrebató;
por lo cual arrojé mis libros al suelo, y huí,
sin causa, tal vez. Mas perdonadme, dulce tía.
Y, señora, si mi tío Marco va,
os acompañaré yo de muy buen grado.

MARCO.

Lucio, iré.

_[Lavinia revuelve con sus muñones los libros que Lucio ha dejado
caer.]_

TITO.

¿Qué es esto, Lavinia? Marco, ¿qué significa esto?
Algún libro hay que ella desea ver.
¿Cuál es, niña, de estos? Ábrelos, muchacho.
Pero tú eres más leída y más diestra.
Ven y elige entre toda mi biblioteca,
y así distrae tu pena, hasta que el cielo
revele al maldito autor de este hecho.
¿Por qué alza así los brazos, uno tras otro?

MARCO.

Creo que quiere decir que hubo más de uno

cómplice en el hecho. Sí, más de uno hubo,
o si no, al cielo los alza pidiendo venganza.

TITO.

Lucio, ¿qué libro es ese que así revuelve?

JOVEN LUCIO.

Abuelo, son las *Metamorfosis* de Ovidio.

Mi madre me las dio.

MARCO.

Por amor de la que se ha ido,
tal vez lo escogió entre los demás.

TITO.

¡Quieto! ¡Con qué afán revuelve las hojas!
¡Ayudadla! ¿Qué querrá hallar? Lavinia, ¿leo yo?
Esta es la trágica historia de Filomela,
y trata de la traición de Tereo y su violación;
y la violación, temo, fue raíz de tu tormento.

MARCO.

¡Mira, hermano, mira! Fíjate cómo escruta las hojas.

TITO.

Lavinia, ¿fuiste así sorprendida, dulce niña,
forzada y ultrajada, como lo fue Filomela,
violada en el bosque cruel, vasto y sombrío?
¡Mira, mira!
Sí, tal lugar hay allí donde cazamos,
—¡oh, nunca, nunca hubiéramos cazado allí!—
igual al que aquí el poeta describe,
hecho por la naturaleza para asesinatos y violaciones.

MARCO.

Oh, ¿por qué habría de construir la naturaleza guarida tan infame,
a menos que los dioses se deleiten en tragedias?

TITO.

Da señas, dulce niña, pues aquí no hay sino amigos,

qué señor romano osó cometer el hecho.
¿O acaso se escabulló Saturnino, como antaño Tarquino,
que dejó el campamento para pecar en el lecho de Lucrecia?

MARCO.

Siéntate, dulce sobrina. Hermano, siéntate junto a mí.
Apolo, Palas, Júpiter o Mercurio,
¡inspiradme, para que pueda hallar esta traición!
Mira aquí, hermano. Mira aquí, Lavinia.
Este arenal está liso; guía, si puedes,
este bastón como yo lo he guiado. He escrito mi nombre

[Escribe su nombre con el bastón, guiándolo con los pies y la boca.]

sin ayuda alguna de las manos.
¡Maldito sea el corazón que nos forzó a este recurso!
Escribe tú, buena sobrina, y muestra aquí por fin
lo que Dios querrá que se descubra para venganza.
Guía el cielo tu pluma para imprimir claros tus dolores,
¡que sepamos quiénes son los traidores y la verdad!

[Ella toma el bastón con la boca, y lo guía con los muñones, y escribe.]

Oh, señor, ¿lees lo que ha escrito?

TITO.

«*Stuprum*. Quirón. Demetrio.»

MARCO.

¡Qué, qué! ¿Los lujuriosos hijos de Tamora,
autores de este acto sangriento y horrendo?

TITO.

_[Magni Dominator poli,
Tam lentus audis scelera, tam lentus vides?_]_

MARCO.

Oh, cálmate, gentil señor, aunque sé
que hay bastante escrito sobre esta tierra

para provocar un motín en los pensamientos más mansos
y armar las mentes de los niños para el clamor.
Hermano, arrodíllate conmigo; Lavinia, arrodíllate;
y arrodíllate, dulce muchacho, esperanza del Héctor romano;
y jurad conmigo, como, con el afligido esposo
y padre de aquella casta y deshonrada dama,
el señor Junio Bruto juró por la violación de Lucrecia,
que perseguiremos, con buen consejo,
venganza mortal sobre estos traidores godos,
y veremos su sangre, o moriremos con esta afrenta.

TITO.

Bastante cierto es, si supieras cómo obrar.
Pero si cazas a estos cachorros de osa, ten cuidado;
la madre despertará, y si te husmea una vez...
Está siempre en estrecha alianza con el león,
y lo adormece mientras juega tumbada de espaldas,
y cuando él duerme, hará lo que ella quiera.
Eres un joven cazador, Marco; déjalo estar;
y ven, iré a buscar una lámina de bronce,
y con un punzón de acero escribiré estas palabras,
y la guardaré. El viento airado del norte
esparcirá estas arenas como las hojas de la Sibila,
¿y dónde estará entonces nuestra lección? Muchacho, ¿qué dices tú?

JOVEN LUCIO.

Digo, señor, que si yo fuera un hombre,
la alcoba de su madre no sería segura
para estos viles esclavos del yugo de Roma.

MARCO.

¡Sí, ese es mi muchacho! Tu padre ha hecho ya muchas veces
lo mismo por su ingrata patria.

JOVEN LUCIO.

Y, tío, así haré yo también, si vivo.

TITO.

Ven, ven conmigo a mi armería.

Lucio, te equiparé; y además, muchacho,
llevarás de mi parte a los hijos de la emperatriz
regalos que pienso enviarles a ambos.

Ven, ven; ¿harás mi encargo, no es así?

JOVEN LUCIO.

Sí, con mi puñal en sus pechos, abuelo.

TITO.

No, muchacho, así no. Te enseñaré otro modo.

Lavinia, ven. Marco, cuida de mi casa.

Lucio y yo iremos a lucirnos en la corte;
sí, a fe mía, señor; y seremos bien servidos.

[Salen Tito, Lavinia y el Joven Lucio.]

MARCO.

Oh cielos, ¿podéis oír gemir a un hombre bueno
y no ablandaros, ni compadecerlo?

Marco, asiste a este hombre en su arrebató,
que tiene más cicatrices de dolor en el corazón
que marcas de enemigos en su escudo maltrecho,
mas tan justo que no se vengará.

¡Vengad, cielos, al viejo Andrónico!

[Sale.]

ACTO IV. ESCENA II

Roma. Una sala en el palacio.

Entran Aarón, Quirón y Demetrio por una puerta, y por la otra el joven Lucio y otro, con un fardo de armas y versos escritos sobre ellas.

QUIRÓN.

Demetrio, aquí está el hijo de Lucio;
trae algún mensaje que darnos.

AARÓN.

Sí, algún mensaje loco de su loco abuelo.

JOVEN LUCIO.

Mis señores, con toda la humildad que puedo,
os saludo en nombre de Andrónico;
[Aparte.] y ruego a los dioses de Roma que os confundan a ambos.

DEMETRIO.

Gracias, gentil Lucio. ¿Qué nuevas hay?

JOVEN LUCIO.

[Aparte.] Que ambos habéis sido descifrados, esa es la nueva,
como villanos marcados por la violación. *[En voz alta.]* Si os place,
mi abuelo, bien aconsejado, os envía por mí
las mejores armas de su armería
para agasajar vuestra honorable juventud,
la esperanza de Roma; pues así me mandó decir;
y así lo hago, y con sus dones obsequio

a vuestras señorías, para que, cuando tengáis necesidad,
podáis estar bien armados y provistos.
Y así os dejo a ambos, *[Aparte.]* como sangrientos villanos.

[Salen el joven Lucio y el acompañante.]

DEMETRIO.

¿Qué hay aquí? Un pergamino, ¿y escrito alrededor?
Veamos:

[Lee.] _Integer vitae, scelerisque purus,
Non eget Mauri iaculis, nec arcu._

QUIRÓN.

Oh, es un verso de Horacio; lo conozco bien.
Lo leí en la gramática hace tiempo.

AARÓN.

Sí, justo; un verso de Horacio; en efecto, lo tienes.

[Aparte.] ¡Qué cosa es ser un asno!

¡Y no es esta chanza inocente! El viejo ha descubierto su culpa,
y les envía armas envueltas en versos
que hieren hasta lo vivo sin que ellos lo sientan.

Pero si nuestra ingeniosa emperatriz estuviera de nuevo en pie,
aplaudiría el ingenio de Andrónico.

Mas que descanse en su desasosiego un rato.—

Y ahora, jóvenes señores, ¿no fue una estrella dichosa
la que nos trajo a Roma, extranjeros, y más aún,
cautivos, para ser elevados a esta altura?

Bien me hizo, ante la puerta del palacio,
desafiar al tribuno delante de su hermano.

DEMETRIO.

Pero a mí me hizo más bien ver a un señor tan grande
congraciarse tan bajamente y enviarnos regalos.

AARÓN.

¿No tenía razón, señor Demetrio?

¿No trataste tú muy amistosamente a su hija?

DEMETRIO.

Quisiera que tuviéramos mil damas romanas
así acorraladas, para servir por turnos a nuestra lujuria.

QUIRÓN.

Un deseo caritativo, y lleno de amor.

AARÓN.

Solo falta aquí vuestra madre, para decir amén.

QUIRÓN.

Y eso diría ella por veinte mil más.

DEMETRIO.

Vamos, vayamos a rogar a todos los dioses
por nuestra amada madre en sus dolores.

AARÓN.

[Aparte.] Rogad a los demonios; los dioses nos han abandonado.

[Suenan trompetas.]

DEMETRIO.

¿Por qué suenan así las trompetas del emperador?

QUIRÓN.

Será de alegría, porque el emperador tiene un hijo.

DEMETRIO.

Silencio, ¿quién viene aquí?

Entra la Nodriz con un niño negro en brazos.

NODRIZA.

Buenos días, señores.

Oh, decidme, ¿habéis visto a Aarón el Moro?

AARÓN.

Pues moro más o menos, o ni pizca de blanco,
aquí está Aarón; ¿y qué se le ofrece a Aarón ahora?

NODRIZA.

¡Oh, gentil Aarón, estamos todos perdidos!

¡Ayúdanos ya, o la desgracia te alcance para siempre!

AARÓN.

¡Vaya escándalo de gata en celo que armas!

¿Qué es eso que envuelves y aprietas en tus brazos?

NODRIZA.

Oh, lo que quisiera ocultar de los ojos del cielo,
la vergüenza de nuestra emperatriz y el deshonor de la altiva Roma.
Ha dado a luz, señores, ha dado a luz.

AARÓN.

¿A quién?

NODRIZA.

Quiero decir, ha parido.

AARÓN.

Bien, ¡que Dios le dé buen descanso! ¿Qué le ha enviado él?

NODRIZA.

Un demonio.

AARÓN.

Entonces ella es la madre del demonio. Un fruto alegre.

NODRIZA.

Un fruto sin alegría, funesto, negro y doloroso.
Aquí está la criatura, tan repugnante como un sapo
entre las criaturas de tez clara de nuestro clima.
La emperatriz te lo envía, tu sello, tu marca,
y te pide que lo bautices con la punta de tu daga.

AARÓN.

¡Voto a Dios, ramera! ¿Tan vil es el color negro?
Dulce criatura, eres sin duda un hermoso capullo.

DEMETRIO.

Villano, ¿qué has hecho?

AARÓN.

Lo que tú no puedes deshacer.

QUIRÓN.

Has deshecho a nuestra madre.

AARÓN.

Villano, yo me he hecho a tu madre.

DEMETRIO.

Y con ello, perro infernal, la has deshecho.

¡Ay de su suerte, y maldita su odiosa elección!

¡Maldita la prole de un demonio tan infame!

QUIRÓN.

No ha de vivir.

AARÓN.

No ha de morir.

NODRIZA.

Aarón, debe ser; la madre así lo quiere.

AARÓN.

¿Qué, debe ser, nodriza? Entonces que nadie sino yo ejecute a mi propia carne y sangre.

DEMETRIO.

Ensartaré al renacuajo en la punta de mi estoque.

Nodriza, dámelo; mi espada lo despachará pronto.

AARÓN.

Antes esta espada te arará las entrañas.

[Toma al niño.]

Alto, villanos asesinos, ¿mataréis a vuestro hermano?
Ahora, por las ardientes velas del cielo
que brillaron tan claras cuando este niño fue engendrado,
morirá en la aguda punta de mi cimitarra
el que toque a este mi primogénito y heredero.
Os digo, mozalbetes, que ni Encélado,
con toda su amenazante hueste de la estirpe de Tifón,
ni el gran Alcides, ni el dios de la guerra,

arrebatará esta presa de las manos de su padre.
¡Vaya, vaya, mozos de tez rosada y corazón somero!
¡Muros encalados, letreros pintados de taberna!
El negro carbón es mejor que otro color
en cuanto desdeña llevar otro color;
pues toda el agua del océano
jamás podrá volver blancas las patas negras del cisne,
aunque las bañe cada hora en la corriente.
Decid de mi parte a la emperatriz que tengo edad
para guardar lo mío, lo excuse como pueda.

DEMETRIO.

¿Así traicionarás a tu noble señora?

AARÓN.

Mi señora es mi señora; esto es mi propio ser;
el vigor y el retrato de mi juventud.
Esto, ante todo el mundo, prefiero;
esto, a pesar de todo el mundo, guardaré a salvo,
o alguno de vosotros arderá por ello en Roma.

DEMETRIO.

Por esto nuestra madre queda avergonzada para siempre.

QUIRÓN.

Roma la despreciará por este infame desliz.

NODRIZA.

El emperador, en su furia, la condenará a muerte.

QUIRÓN.

Me sonrojo de pensar en esta ignominia.

AARÓN.

Ah, ese es el privilegio que trae vuestra belleza.
¡Fuera, matiz traicionero, que con el rubor delata
los secretos designios y consejos de tu corazón!
Aquí hay un mozo hecho de otro semblante.
Mirad cómo el esclavo negro sonríe al padre,
como quien dice: «Viejo amigo, soy tuyo.»

Es vuestro hermano, señores, nutrido de veras
de esa misma sangre que primero os dio la vida;
y de vuestro vientre, donde estuvisteis presos,
él ha sido liberado y llega a la luz.
Es más: es vuestro hermano por el lado más seguro,
aunque mi sello esté estampado en su rostro.

NODRIZA.

Aarón, ¿qué he de decir a la emperatriz?

DEMETRIO.

Piénsalo bien, Aarón, qué se ha de hacer,
y todos nos atendremos a tu consejo.
Salva al niño, con tal de que todos estemos a salvo.

AARÓN.

Sentémonos entonces, y deliberemos todos.
Mi hijo y yo nos pondremos a barlovento de vosotros.
Quedaos ahí. Ahora hablad a placer de vuestra seguridad.

[Se sientan.]

DEMETRIO.

¿Cuántas mujeres vieron a este hijo suyo?

AARÓN.

¡Así, bravos señores! Cuando nos unimos en liga,
soy un cordero; pero si desafiáis al Moro,
el jabalí furioso, la leona de la montaña,
el océano no se hincha tanto como Aarón se enfurece.
Mas decidme otra vez, ¿cuántas vieron al niño?

NODRIZA.

Cornelia la comadrona y yo misma,
y nadie más que la emperatriz recién parida.

AARÓN.

La emperatriz, la comadrona y tú misma.
Dos pueden guardar un secreto cuando el tercero falta.
Ve a la emperatriz; dile que yo he dicho esto.

[La mata.]

«¡Quic, quic!» Así chilla un cerdo listo para el asador.

DEMETRIO.

¿Qué quieres decir, Aarón? ¿Por qué has hecho esto?

AARÓN.

¡Ay, señor mío! Es un golpe de astucia.

¿Ha de vivir para traicionar esta culpa nuestra,
chismosa de lengua larga y parlanchina? No, señores, no.
Y ahora sabed cuál es todo mi propósito.

No lejos vive un tal Muliteo, paisano mío;
su esposa, anoche mismo, dio a luz.

Su hijo se le parece, tan blanco como vosotros.

Id a tratar con él, y dad oro a la madre,
y contadles a ambos toda la circunstancia,
y cómo por esto su hijo será ensalzado,
y recibido como heredero del emperador,
y sustituido en el lugar del mío,

para calmar esta tempestad que gira en la corte;

y que el emperador lo mime como si fuera suyo.

Escuchad, señores; ya veis que le he dado su medicina,

[Señalando a la Nodriza.]

y vosotros habréis de encargáros de su funeral;
los campos están cerca, y sois gallardos mozos.

Hecho esto, procurad no tardar más días,
sino enviadme al instante a la comadrona.

Bien despachadas la comadrona y la nodriza,
que después charlen las damas cuanto quieran.

QUIRÓN.

Aarón, veo que no confiarás ni al aire
tus secretos.

DEMETRIO.

Por este cuidado de Tamora,
ella y los suyos te están muy obligados.

[Salen Demetrio y Quirón, llevando el cuerpo de la Nodriza.]

AARÓN.

Ahora, a los godos, veloz como vuela la golondrina,
para poner allí este tesoro en mis brazos,
y saludar en secreto a los amigos de la emperatriz.
Vamos, esclavo de labios gruesos, te llevaré de aquí;
pues eres tú quien nos pone en estos aprietos.
Te haré comer bayas y raíces,
y nutrirte de cuajada y suero, y mamar de la cabra,
y morar en una cueva, y te criaré
para que seas guerrero y mandes un campamento.

[Sale.]

ACTO IV. ESCENA III

Roma. Un lugar público.

Entran Tito, el anciano Marco, su hijo Publio, el joven Lucio y otros caballeros con arcos; Tito lleva las flechas con cartas atadas en las puntas.

TITO.

Ven, Marco, ven. Parientes, este es el camino.

Señor mozo, déjame ver tu puntería.

Tensa bien la cuerda, y llegará derecha allí.

Terras Astraëa reliquit.

Recuerda, Marco: se ha ido, ha huido.

Señores, tomad vuestras herramientas. Vosotros, parientes, id a sondear el océano y echad las redes;

quizá la atrapéis en el mar;

aunque allí hay tan poca justicia como en tierra.

No; Publio y Sempronio, sois vosotros quienes debéis hacerlo;

sois vosotros quienes cavaréis con azadón y con pala,

y horadaréis el centro más profundo de la tierra.

Y cuando lleguéis a los dominios de Plutón,

os ruego que le entreguéis esta petición;

decidle que es pidiendo justicia y ayuda,

y que viene del viejo Andrónico,

quebrantado de penas en la ingrata Roma.

¡Ah, Roma! Bien, bien, yo te hice desdichada

cuando arrojé los votos del pueblo

sobre aquel que así me tiraniza ahora.

Id, marchaos ya; y os ruego que todos tengáis cuidado,
y no dejéis sin registrar ni una sola nave de guerra.
Puede que este emperador perverso la haya embarcado lejos de
aquí;
y entonces, parientes, en balde clamaremos justicia.

MARCO.

Oh, Publio, ¿no es un caso penoso
ver a tu noble tío así trastornado?

PUBLIO.

Por eso, señores, nos concierne en gran manera
atenderlo con cuidado noche y día,
y seguirle la corriente con dulzura mientras podamos,
hasta que el tiempo engendre algún remedio prudente.

MARCO.

Parientes, sus penas no tienen ya remedio,
salvo
Unámonos a los godos y, con guerra vengadora,
tomemos represalia contra Roma por esta ingratitud,
y venganza contra el traidor Saturnino.

TITO.

Publio, ¿qué hay? ¿Qué hay, señores míos?
¿Qué, la habéis encontrado?

PUBLIO.

No, mi buen señor; pero Plutón os manda decir
que si queréis Venganza del infierno, la tendréis.
En cuanto a la Justicia, a fe que anda tan ocupada,
piensa él, con Júpiter en el cielo, o en otra parte,
que por fuerza habréis de esperar algún tiempo.

TITO.

Me hace agravio alimentándome de dilaciones.
Me sumergiré en el lago ardiente de abajo,
y la sacaré del Aqueronte por los talones.
Marco, no somos más que arbustos, no cedros somos,

no hombres de recios huesos con la talla de los Cíclopes;
mas de metal, Marco, de acero hasta la misma espalda,
aunque doblegados por más agravios de los que puede soportar
nuestra espalda;
y ya que no hay justicia ni en la tierra ni en el infierno,
solicitaremos al cielo y moveremos a los dioses
a que envíen a la Justicia para vengar nuestros agravios.
Vamos, manos a la obra. Eres buen arquero, Marco.

[Les da las flechas.]

«*Ad Jovem*», esta es para ti; aquí, «*Ad Apollinem*»;
«*Ad Martem*», esta es para mí;
toma, muchacho, «a Palas»; aquí, «a Mercurio»;
«a Saturno», Cayo, no a Saturnino;
tanto te valdría disparar contra el viento.
Vamos, muchacho.—Marco, suelta cuando yo lo mande.—
A fe mía que he escrito con acierto;
no queda dios al que no haya suplicado.

MARCO.

Parientes, disparad todas vuestras flechas hacia la corte.
Afligiremos al emperador en su orgullo.

TITO.

Ahora, señores, tirad. *[Disparan.]* ¡Oh, bien hecho, Lucio!
¡Buen muchacho, en el regazo de Virgo! Dásela a Palas.

MARCO.

Señor, apunto una milla más allá de la luna.
Tu carta ya está con Júpiter a estas horas.

TITO.

¡Ja, ja! Publio, Publio, ¿qué has hecho?
Mira, mira, le has arrancado de un tiro un cuerno a Tauro.

MARCO.

Esa fue la gracia, señor: cuando Publio disparó,
el Toro, escocido, dio a Aries tal golpe
que ambos cuernos del Carnero cayeron en la corte;

¿y quién los había de encontrar sino el villano de la emperatriz?
Ella se rió y le dijo al Moro que no tenía más remedio
que llevárselos a su amo como regalo.

TITO.

Vaya, allá va eso. ¡Que Dios le dé alegría a su señoría!

Entra el Rústico con una cesta y dos palomas dentro.

¡Noticias, noticias del cielo! Marco, ha llegado el correo.
Tú, ¿qué nuevas traes? ¿Tienes alguna carta?
¿Tendré justicia? ¿Qué dice Júpiter?

RÚSTICO.

¿Eh? ¿El que hace las horcas? Dice que las ha vuelto a bajar, porque
al hombre no lo han de ahorcar hasta la semana que viene.

TITO.

Pero ¿qué dice Júpiter, te pregunto?

RÚSTICO.

Ay, señor, yo no conozco a ningún Júpiter; en mi vida he bebido con
él.

TITO.

Cómo, bribón, ¿no eres tú el mensajero?

RÚSTICO.

Sí, señor, de mis palomas; de nada más.

TITO.

Cómo, ¿no vienes tú del cielo?

RÚSTICO.

¿Del cielo? Ay, señor, allí nunca he estado. Dios me libre de ser tan
atrevido como para colarme en el cielo en mis años mozos. Lo que
pasa es que voy con mis palomas al tribunal plebe, a arreglar una
reyerta entre mi tío y uno de los hombres del emperal.

MARCO.

Vaya, hermano, eso viene que ni pintado para tu petición; deja que
él entregue las palomas al emperador de tu parte.

TITO.

Dime, ¿sabrás entregar una petición al emperador con gracia?

RÚSTICO.

No, a fe mía, señor; en toda mi vida he sabido decir las gracias.

TITO.

Tú, ven aquí. No hagas más aspavientos,
y entrega tus palomas al emperador.

Por mí obtendrás justicia de sus manos.

Espera, espera; toma, aquí tienes dinero para tus gastos.

Dadme pluma y tinta.

Tú, ¿sabrás entregar una súplica con gracia?

RÚSTICO.

Sí, señor.

TITO.

Entonces aquí tienes una súplica. Y cuando llegues ante él, al
acercarte primero debes arrodillarte; luego besarle el pie; luego
entregar tus palomas; y luego esperar tu recompensa. Yo estaré
cerca, señor; procura hacerlo con garbo.

RÚSTICO.

Os lo aseguro, señor; dejadlo de mi cuenta.

TITO.

Tú, ¿tienes un cuchillo? Ven, déjame verlo.

Toma, Marco, envuélvelo en la petición;

pues la has redactado como humilde suplicante.

Y cuando se la hayas dado al emperador,

llama a mi puerta y dime qué responde.

RÚSTICO.

Dios os guarde, señor; así lo haré.

[Sale.]

TITO.

Ven, Marco, vayámonos. Publio, sígueme.

[Salen.]

ACTO IV. ESCENA IV

Roma. Ante el palacio.

Entran el emperador Saturnino y la emperatriz Tamora con sus dos hijos, Quirón y Demetrio, y acompañamiento. El emperador trae en la mano las flechas que Tito le disparó.

SATURNINO.

¡Vaya, señores, qué agravios son estos! ¿Se ha visto nunca a un emperador de Roma así avasallado, turbado, así afrontado; y, en lo que toca a la extensión de la justicia legal, tratado con tal desprecio? Señores, vosotros sabéis, como saben los dioses poderosos, que, por más que estos perturbadores de nuestra paz zumben en los oídos del pueblo, nada ha ocurrido que no fuese conforme a la ley contra los hijos rebeldes del viejo Andrónico. ¿Y qué importa que sus penas le hayan trastornado así el juicio? ¿Hemos de sufrir nosotros sus venganzas, sus arrebatos, su frenesí y su amargura? ¡Y ahora escribe al cielo pidiendo reparación! Mirad, aquí hay una «para Jove», y esta «para Mercurio», esta «para Apolo», esta para el dios de la guerra. ¡Dulces papeles para volar por las calles de Roma! ¿Qué es esto sino difamar al senado y pregonar por doquier nuestra injusticia? Linda ocurrencia, ¿no es cierto, señores? Como quien dijera que en Roma no hay justicia.

Pero si vivo, sus fingidos extravíos
no serán amparo para estos ultrajes;
antes bien, él y los suyos sabrán que la justicia vive
en la salud de Saturnino; y si ella duerme,
él la despertará de tal modo que, en su furia,
cortará al más soberbio conspirador que exista.

TAMORA.

Mi gracioso señor, mi adorado Saturnino,
señor de mi vida, dueño de mis pensamientos,
cálmate, y sobrelleva las faltas de la vejez de Tito,
efectos del dolor por sus valientes hijos,
cuya pérdida le ha traspasado hondo y le ha marcado el corazón;
y antes consuela su angustiado trance
que perseguir al más humilde o al más noble
por estos desacatos. *[Aparte.]* Así conviene
a la sagaz Tamora engatusar a todos.
Pero, Tito, te he herido en lo más vivo;
derramada tu sangre vital, si Aarón ahora es sabio,
todo estará a salvo, el ancla en el puerto.

Entra el Rústico.

¿Qué hay, buen hombre? ¿Quieres hablar con nosotros?

RÚSTICO.

Sí, a fe mía, si vuestra merced es la emperala.

TAMORA.

Emperatriz soy, pero allá se sienta el emperador.

RÚSTICO.

Es él. Que Dios y San Esteban os den buenas tardes. Os he traído
una carta y un par de palomas aquí.

[Saturnino lee la carta.]

SATURNINO.

Llevallo de aquí, y ahorcadlo al instante.

RÚSTICO.

¿Cuánto dinero me han de dar?

TAMORA.

Vamos, tú, te han de ahorcar.

RÚSTICO.

¡Ahorcado! Por Nuestra Señora, ¡pues bonito fin le he criado yo a este cuello!

[Sale custodiado.]

SATURNINO.

¡Agravios despiadados e intolerables!

¿He de soportar esta monstruosa villanía?

Sé bien de dónde procede esta treta.

¿Ha de tolerarse esto, como si sus hijos traidores, que murieron por ley por el asesinato de nuestro hermano, hubiesen sido, por mi causa, injustamente descuartizados?

Id, arrastrad al villano hasta aquí por los cabellos; ni la edad ni el honor le darán privilegio.

Por esta soberbia burla seré yo tu verdugo, taimado y frenético miserable, que ayudaste a engrandecerme con la esperanza de gobernar tú Roma y a mí.

Entra Emilio.

¿Qué nuevas traes, Emilio?

EMILIO.

¡Armaos, mi señor! Roma nunca tuvo más motivo.

Los godos han reunido sus fuerzas y, con un ejército

de hombres resueltos, dispuestos al saqueo,

marchan hacia aquí a toda prisa, bajo el mando

de Lucio, hijo del viejo Andrónico;

quien amenaza, en el curso de esta venganza, con hacer tanto como en su día hizo Coriolano.

SATURNINO.

¿Es el guerrero Lucio general de los godos?

Estas nuevas me hielan, y agacho la cabeza
como las flores con la escarcha, o la hierba abatida por las
tormentas.

Sí, ahora empiezan a acercarse nuestras desdichas.
Es él a quien tanto ama el vulgo;
yo mismo les he oído decir muchas veces,
cuando he andado disfrazado de simple particular,
que el destierro de Lucio fue injusto,
y que han deseado que Lucio fuese su emperador.

TAMORA.

¿Por qué has de temer? ¿No es fuerte tu ciudad?

SATURNINO.

Sí, pero los ciudadanos favorecen a Lucio,
y se sublevarán contra mí para socorrerlo.

TAMORA.

Rey, sean tus pensamientos imperiosos como tu nombre.
¿Se oscurece el sol porque en él revoloteen los mosquitos?
El águila deja que las avecillas canten,
y no se preocupa de lo que con ello quieran decir,
sabiendo que, con la sombra de sus alas,
puede a su antojo acallar su melodía;
así también puedes tú a los volubles hombres de Roma.
Cobra ánimo, pues; y sabe, emperador,
que yo hechizaré al viejo Andrónico
con palabras más dulces, y aun más peligrosas,
que el cebo para el pez o las mieles para la oveja,
pues el uno queda herido por el cebo,
y la otra, corrompida por el dulce alimento.

SATURNINO.

Pero él no querrá interceder ante su hijo por nosotros.

TAMORA.

Si Tamora se lo suplica, entonces sí lo hará,
pues sé adular y colmar sus viejos oídos

con promesas doradas, que aunque su corazón
fuese casi inexpugnable, y sus viejos oídos sordos,
tanto el oído como el corazón obedecerían a mi lengua.

[A Emilio.] Ve tú delante, sé nuestro embajador.

Di que el emperador solicita un parlamento
con el guerrero Lucio, y fija el encuentro
precisamente en casa de su padre, el viejo Andrónico.

SATURNINO.

Emilio, lleva este mensaje con honor,
y si él insiste en rehenes para su seguridad,
dile que exija la garantía que más le plazca.

EMILIO.

Cumpliré vuestra orden fielmente.

[Sale.]

TAMORA.

Ahora iré ante ese viejo Andrónico,
y lo tempraré con todo el arte que poseo,
para arrancar al soberbio Lucio de los guerreros godos.
Y ahora, dulce emperador, alégrate de nuevo,
y sepulta todo tu temor en mis artimañas.

SATURNINO.

Ve, pues, sin tardanza, y suplícale.

[Salen.]

ACTO V. ESCENA I

Llanuras cerca de Roma.

Entra Lucio con un ejército de godos, con tambores y soldados.

LUCIO.

Guerreros probados y fieles amigos míos,
he recibido cartas de la gran Roma
que dan fe del odio que profesan a su emperador
y de cuánto anhelan vernos.
Por tanto, grandes señores, sed, como atestiguan vuestros títulos,
imperiosos e impacientes ante vuestros agravios;
y en lo que Roma os haya hecho daño,
que os dé triple satisfacción.

GODO PRIMERO.

Bravo vástago, nacido del gran Andrónico,
cuyo nombre fue antaño nuestro terror, ahora nuestro consuelo,
cuyas altas hazañas y honrosas gestas
la ingrata Roma paga con vil desprecio,
confía en nosotros. Te seguiremos adonde nos guíes,
como abejas que pican en el día más ardiente del verano,
llevadas por su amo a los campos floridos,
y nos vengaremos de la maldita Tamora.

GODOS.

Y como él dice, así decimos todos con él.

LUCIO.

Humildemente le doy las gracias, y a todos os las doy.
Mas ¿quién viene ahí, conducido por un godo fornido?

Entra un godo, trayendo preso a Aarón con su hijo en brazos.

GODO SEGUNDO.

Íncrito Lucio, de nuestras tropas me aparté
para contemplar un monasterio en ruinas;
y mientras fijaba con ahínco la mirada
en el edificio arruinado, de pronto
oí llorar a un niño bajo un muro.
Fui hacia el ruido, y pronto oí
que al niño que lloraba reprendían con este discurso:
«¡Calla, esclavo cetrino, mitad yo y mitad tu madre!
Si tu color no delatara de quién eres cría,
si la naturaleza solo te hubiera dado el rostro de tu madre,
villano, podrías haber sido emperador.
Mas donde el toro y la vaca son ambos blancos como la leche,
nunca engendran un ternero negro como el carbón.
¡Calla, villano, calla!» así reprendía a la criatura,
«pues he de llevarte a un godo de confianza,
que, cuando sepa que eres el hijo de la emperatriz,
te tendrá en gran estima por amor a tu madre».
Con esto, desenvainada mi arma, me lancé sobre él,
lo sorprendí de improviso y lo traje aquí
para que hagáis de este hombre lo que juzguéis necesario.

LUCIO.

Oh, digno godo, este es el demonio hecho carne
que robó a Andrónico su buena mano;
esta es la perla que agradó al ojo de vuestra emperatriz;
y este es el vil fruto de su ardiente lujuria.
Habla, esclavo de ojos torvos, ¿adónde pensabas llevar
esta imagen creciente de tu rostro de demonio?
¿Por qué no hablas? ¿Qué, sordo? ¿Ni una palabra?

Una soga, soldados, colgadlo de este árbol,
y a su lado el fruto de su bastardía.

AARÓN.

No toquéis al niño, es de sangre real.

LUCIO.

Demasiado parecido al padre para ser bueno jamás.
Colgad primero al niño, que él lo vea patalear,
espectáculo que atormenta el alma del padre.
Traedme una escalera.

[Traen una escalera, y obligan a Aarón a subir por ella.]

AARÓN.

Lucio, salva al niño,
y llévaselo de mi parte a la emperatriz.
Si haces esto, te mostraré cosas asombrosas
que en gran medida te aprovechará oír.
Si no quieres, suceda lo que suceda,
no diré más que: «¡Que la venganza os pudra a todos!».

LUCIO.

Habla, y si me place lo que dices,
tu hijo vivirá, y yo cuidaré de que sea criado.

AARÓN.

¿Y si te place? Pues asegúrate, Lucio,
que te atormentará el alma oír lo que voy a decir;
pues he de hablar de asesinatos, violaciones y matanzas,
actos de noche negra, hechos abominables,
conjuras de maldad, traiciones, villanías,
lastimosas de oír, y sin embargo ejecutadas con saña.
Y todo esto quedará sepultado con mi muerte,
a menos que me jures que mi hijo vivirá.

LUCIO.

Di lo que piensas; digo que tu hijo vivirá.

AARÓN.

Jura que vivirá, y entonces empezaré.

LUCIO.

¿Por quién he de jurar? Tú no crees en ningún dios.
Siendo así, ¿cómo puedes creer en un juramento?

AARÓN.

¿Y si no creo? Que, en efecto, no creo;
mas, porque sé que eres religioso,
y tienes dentro de ti algo llamado conciencia,
con veinte artificios y ceremonias papistas
que te he visto observar con esmero,
por eso exijo tu juramento; pues sé
que un necio tiene su cetro de bufón por un dios,
y guarda el juramento que por ese dios hace,
a eso lo obligaré. Por tanto jurarás
por ese mismo dios, sea cual sea el dios
que adoras y tienes en reverencia,
salvar a mi niño, criarlo y educarlo;
o si no, no te revelaré nada.

LUCIO.

Por mi dios mismo te juro que lo haré.

AARÓN.

Sabe primero que lo engendré en la emperatriz.

LUCIO.

¡Oh, mujer insaciable y lujuriosa donde las haya!

AARÓN.

Bah, Lucio, esto no fue sino obra de caridad
comparado con lo que has de oírme ahora.
Fueron sus dos hijos quienes asesinaron a Basiano;
cortaron la lengua a tu hermana, y la violaron,
y le cortaron las manos, y la aderezaron como la viste.

LUCIO.

Oh, detestable villano, ¿a eso llamas aderezar?

AARÓN.

Pues sí, fue lavada, cortada y aderezada; y fue pulido deporte para quienes lo hicieron.

LUCIO.

¡Oh, bárbaros y bestiales villanos, como tú mismo!

AARÓN.

En efecto, yo fui su preceptor para instruirlos.

Ese apetito lascivo lo heredaron de su madre,

tan segura carta como ganó jamás la partida;

esa mente sanguinaria creo que la aprendieron de mí,

tan fiel perro como jamás atacó de frente.

Bien, que mis obras den fe de mi valía.

Yo llevé a tus hermanos a aquel foso engañoso

donde yacía el cadáver de Basiano.

Yo escribí la carta que halló tu padre,

y escondí el oro que en esa carta se mencionaba,

en confabulación con la reina y sus dos hijos.

¿Y qué hecho hay, de los que tienes causa de lamentar,

en el que yo no tuviera parte de la maldad?

Hice de tramposo para conseguir la mano de tu padre,

y, cuando la tuve, me aparté a un lado,

y casi me rompo el corazón de tanto reír.

Espié por la rendija de un muro

cuando, a cambio de su mano, recibió las cabezas de sus dos hijos;

vi sus lágrimas, y reí tan de corazón

que mis dos ojos quedaron lluviosos como los suyos.

Y cuando conté a la emperatriz esta hazaña,

casi se desmayó de gusto con mi grato relato,

y por mis nuevas me dio veinte besos.

GODO.

¿Cómo puedes decir todo esto y no ruborizarte nunca?

AARÓN.

Sí, como un perro negro, según dice el refrán.

LUCIO.

¿No te arrepientes de estos actos atroces?

AARÓN.

Sí, de no haber hecho mil más.

Aun ahora maldigo el día, y sin embargo, creo,
que pocos caen dentro del alcance de mi maldición
en los que no cometiera alguna infamia notoria,
como matar a un hombre, o tramar su muerte;
violar a una doncella, o urdir el modo de hacerlo;
acusar a algún inocente, y perjurar;
sembrar mortal enemistad entre dos amigos;
hacer que el ganado de pobres se quebrara el cuello;
prender fuego a graneros y almiares en la noche,
y ordenar a sus dueños que los apagaran con sus lágrimas.
A menudo he desenterrado muertos de sus tumbas,
y los he plantado en pie ante la puerta de sus caros amigos,
justo cuando su duelo casi estaba olvidado,
y en su piel, como en la corteza de los árboles,
he tallado con mi cuchillo, en letras romanas:
«Que no muera vuestro dolor, aunque yo esté muerto».
Mas he hecho mil cosas espantosas
tan de buen grado como quien mata una mosca,
y nada me apena de veras
sino no poder hacer diez mil más.

LUCIO.

Bajad al demonio, pues no ha de morir
de una muerte tan dulce como el ahorcamiento inmediato.

AARÓN.

Si hay demonios, ojalá yo fuera un demonio,
para vivir y arder en fuego eterno,
con tal de tener vuestra compañía en el infierno
y así atormentaros con mi lengua amarga.

LUCIO.

Señores, tapadle la boca, y que no hable más.

Entra Emilio.

GODO.

Mi señor, hay un mensajero de Roma
que desea ser admitido a vuestra presencia.

LUCIO.

Que se acerque.

Bienvenido, Emilio. ¿Qué nuevas hay de Roma?

EMILIO.

Señor Lucio, y vosotros, príncipes de los godos,
el emperador romano os saluda a todos por mi boca;
y, por saber que estáis en armas,
pide un parlamento en casa de vuestro padre,
dispuesto a que exijáis vuestros rehenes,
que os serán entregados de inmediato.

GODO PRIMERO.

¿Qué dice nuestro general?

LUCIO.

Emilio, que el emperador dé sus prendas
a mi padre y a mi tío Marco,
y acudiremos. En marcha.

[Salen.]

ACTO V. ESCENA II

Roma. Ante la casa de Tito.

Entran Tamora y sus dos hijos, disfrazados.

TAMORA.

Así, con este extraño y triste atavío,
saldré al encuentro de Andrónico,
y diré que soy la Venganza, enviada desde abajo
para unirme a él y enderezar sus atroces agravios.
Llamad a su estudio, donde dicen que se encierra
a rumiar extraños planes de fiera venganza;
decidle que la Venganza viene a unirse a él
y a sembrar la ruina entre sus enemigos.

[Llaman.]

Tito abre arriba la puerta de su estudio.

TITO.

¿Quién perturba mi meditación?
¿Es vuestra artimaña hacer que abra la puerta,
para que así mis tristes designios se disipen
y todo mi estudio quede sin efecto?
Estáis engañados; pues lo que pienso hacer
lo veréis aquí, en líneas de sangre que he dejado escrito;
y lo que está escrito se ejecutará.

TAMORA.

Tito, vengo a hablar contigo.

TITO.

No, ni una palabra; ¿cómo he de adornar mi discurso,
si me falta una mano para darle gesto?
Me llevas ventaja; así que basta.

TAMORA.

Si me conocieras, hablarías conmigo.

TITO.

No estoy loco; te conozco bien.
Testigo es este mísero muñón, testigos estos surcos de sangre;
testigos estas zanjias que abrieron el dolor y la angustia;
testigos el día agotador y la noche pesada;
testigo todo mi sufrimiento de que te conozco bien
por nuestra orgullosa emperatriz, la poderosa Tamora.
¿No vienes acaso por mi otra mano?

TAMORA.

Sabe, hombre afligido, que no soy Tamora;
ella es tu enemiga, y yo tu amiga.
Soy la Venganza, enviada del reino infernal
para aliviar al buitre que roe tu mente
obrando fiera venganza sobre tus enemigos.
Baja y dame la bienvenida a esta luz del mundo;
departe conmigo de muerte y de asesinato.
No hay cueva hueca ni escondrijo,
ni vasta oscuridad ni valle brumoso,
donde el sangriento asesinato o la execrable violación
puedan agazaparse de miedo sin que yo los descubra,
y les diga al oído mi nombre terrible,
Venganza, que hace temblar al vil ofensor.

TITO.

¿Eres la Venganza? ¿Y vienes enviada a mí
para ser tormento de mis enemigos?

TAMORA.

Lo soy; así que baja y dame la bienvenida.

TITO.

Préstame algún servicio antes de que baje a ti.
Mira, a tu lado están la Violación y el Asesinato;
dame ahora alguna prueba de que eres la Venganza:
apuñálalos, o despedázalos con las ruedas de tu carro,
y entonces bajaré y seré tu auriga,
y giraré contigo por todo el globo.
Provéete de dos briosos palafrenes, negros como el azabache,
para arrastrar veloz tu vengativo carro,
y descubrir asesinos en sus cuevas culpables.
Y cuando tu carro esté cargado de sus cabezas,
yo descenderé, y junto a la rueda del carro
trotaré como servil lacayo todo el día,
desde que Hiperión se alza por oriente
hasta su mismo ocaso en el mar.
Y día tras día haré esta ardua tarea,
con tal que destruyas allí al Estupro y al Asesinato.

TAMORA.

Estos son mis ministros, y vienen conmigo.

TITO.

¿Son tus ministros? ¿Cómo se llaman?

TAMORA.

Estupro y Asesinato; se llaman así
porque toman venganza de tales hombres.

TITO.

Buen Dios, cuánto se parecen a los hijos de la emperatriz,
¡y tú a la emperatriz! Pero los hombres mundanos
tenemos ojos míseros, locos, que se equivocan.
Oh, dulce Venganza, ahora bajo a ti;
y si el abrazo de un solo brazo te contenta,
te abrazaré con él dentro de un momento.

[Sale por lo alto.]

TAMORA.

Este trato con él conviene a su locura.
Cuanto yo invente para alimentar sus humores enfermos,
sostenedlo y confirmadlo vosotros en vuestros discursos,
pues ahora me tiene firmemente por la Venganza;
y, crédulo en este loco pensamiento,
haré que mande llamar a su hijo Lucio;
y mientras lo retengo seguro en un banquete,
hallaré alguna hábil treta al punto
para dispersar y desbandar a los volubles godos,
o, al menos, para hacerlos sus enemigos.
Mirad, aquí viene, y he de seguir mi tema.

Entra Tito.

TITO.

Largo tiempo he estado desolado, y todo por ti.
Bienvenida, temible Furia, a mi casa doliente.
Estupro y Asesinato, bienvenidos seáis también.
¡Cuánto os parecéis a la emperatriz y a sus hijos!
Bien ataviados estaríais, si tuvierais un moro.
¿No pudo todo el infierno procuraros tal demonio?
Pues bien sé que la emperatriz nunca se mueve
sin que en su compañía haya un moro;
y, si queréis representar cabalmente a nuestra reina,
convendría que tuvierais tal demonio.
Pero bienvenidos seáis tal como estáis. ¿Qué hemos de hacer?

TAMORA.

¿Qué quieres que hagamos, Andrónico?

DEMETRIO.

Muéstrame un asesino, y yo me ocuparé de él.

QUIRÓN.

Muéstrame un villano que haya cometido una violación,
y he sido enviado a vengarme de él.

TAMORA.

Muéstrame a mil que te hayan agraviado,
y me vengaré de todos ellos.

TITO.

Mira en torno a las calles inicuas de Roma,
y cuando halles a un hombre que se te parezca,
buen Asesinato, apuñálalo; es un asesino.
Ve tú con él; y cuando tengas la fortuna
de hallar a otro que a ti se parezca,
buen Estupro, apuñálalo; es un violador.
Id vosotros con ellos; y en la corte del emperador
hay una reina, con un moro por séquito;
bien la conocerás por tu propia figura,
pues de arriba abajo se te parece.
Te ruego que les des muerte violenta;
violentos han sido conmigo y con los míos.

TAMORA.

Bien nos has instruido; así lo haremos.
Pero ¿te placería, buen Andrónico,
mandar llamar a Lucio, tu hijo tres veces valeroso,
que conduce hacia Roma una hueste de belicosos godos,
y pedirle que venga a banquetear en tu casa?
Cuando esté aquí, en tu solemne festín,
yo traeré a la emperatriz y a sus hijos,
al emperador mismo, y a todos tus enemigos,
y a tu merced se doblegarán de hinojos,
y en ellos aliviarás tu corazón airado.
¿Qué dice Andrónico a esta traza?

TITO.

Marco, hermano mío, es el afligido Tito quien llama.

Entra Marco.

Ve, gentil Marco, a buscar a tu sobrino Lucio;
lo has de hallar entre los godos.

Dile que venga a mí y traiga consigo
a algunos de los principales príncipes godos;
dile que acampe a sus soldados donde estén.
Dile que el emperador y también la emperatriz
festejan en mi casa, y él festejará con ellos.
Haz esto por mi amor; y que él lo haga así,
si en algo estima la vida de su anciano padre.

MARCO.

Esto haré, y pronto he de volver.

[Sale.]

TAMORA.

Ahora me iré a ocuparme de tu asunto,
y llevaré conmigo a mis ministros.

TITO.

No, no, deja que la Violación y el Asesinato se queden conmigo,
o si no llamaré de nuevo a mi hermano
y no me atenderé a otra venganza que la de Lucio.

TAMORA.

[Aparte a ellos.] ¿Qué decís, muchachos? ¿Os quedaréis con él,
mientras voy a decirle a mi señor el emperador
cómo he conducido nuestra concertada burla?
Seguidle el humor, halagadlo y habladle con dulzura,
y quedaos con él hasta que vuelva.

TITO.

[Aparte.] Los conocí a todos, aunque me creen loco,
y los venceré con sus propias tretas,
un par de malditos sabuesos del infierno y su madre.

DEMETRIO.

Señora, marchaos cuando gustéis; dejadnos aquí.

TAMORA.

Adiós, Andrónico. La Venganza ahora va
a tramar una conjura para traicionar a tus enemigos.

TITO.

Ya lo sé; y, dulce Venganza, adiós.

[Sale Tamora.]

QUIRÓN.

Dinos, viejo, ¿en qué se nos empleará?

TITO.

Bah, tengo trabajo de sobra para vosotros.

Publio, ven aquí, Cayo, y Valentín.

Entran Publio y otros.

PUBLIO.

¿Cuál es vuestra voluntad?

TITO.

¿Conocéis a estos dos?

PUBLIO.

Los hijos de la emperatriz, según creo, Quirón y Demetrio.

TITO.

Ea, Publio, ea, estás muy engañado.

Uno es el Asesinato, y el otro se llama Estupro;

así que atadlos, gentil Publio.

Cayo y Valentín, echadles mano.

A menudo me habéis oído desear tal hora,

y ahora la encuentro. Atadlos bien, pues,

y tapadles la boca si empiezan a gritar.

[Sale Tito.]

QUIRÓN.

¡Villanos, deteneos! Somos los hijos de la emperatriz.

PUBLIO.

Y por eso hacemos lo que se nos manda.

Tapadles bien la boca, que no digan palabra.

¿Está bien atado? Cuidad de atarlos fuerte.

Entra Tito Andrónico con un cuchillo, y Lavinia con una jofaina.

TITO.

Ven, ven, Lavinia; mira, tus enemigos están atados.
Señores, tapadles la boca, que no me hablen,
mas dejad que oigan las terribles palabras que profiero.
¡Oh villanos, Quirón y Demetrio!
Aquí está la fuente que enturbiasteis de lodo,
este hermoso estío que mezclasteis con vuestro invierno.
Matasteis a su esposo, y por esa vil culpa
dos de sus hermanos fueron condenados a muerte,
mi mano cortada y hecha objeto de burla,
sus dos dulces manos, su lengua, y aquello más caro
que las manos o la lengua, su castidad sin mancilla,
inhumanos traidores, forzasteis y violasteis.
¿Qué diríais si os dejara hablar?
Villanos, de vergüenza no sabríais pedir clemencia.
Escuchad, miserables, cómo pienso martirizaros.
Esta única mano me queda aún para cortaros la garganta,
mientras Lavinia, entre sus muñones, sostiene
la jofaina que recoge vuestra sangre culpable.
Sabéis que vuestra madre piensa banquetear conmigo,
y se llama a sí misma Venganza, y me cree loco.
¡Escuchad, villanos! Moleré vuestros huesos hasta hacerlos polvo,
y con vuestra sangre y ellos haré una pasta,
y de la pasta alzaré un pastel,
y haré dos empanadas de vuestras vergonzosas cabezas,
y haré que esa ramera, vuestra impía madre,
como la tierra, devore a su propia prole.
Este es el festín al que la he convidado,
y este el banquete del que ha de hartarse;
pues peor que Filomela tratasteis a mi hija,
y peor que Procne he de vengarme.
Y ahora preparad vuestras gargantas. Lavinia, ven,
recibe la sangre.

[Les corta la garganta.]

Y cuando estén muertos,
dejadme ir a moler sus huesos hasta hacerlos fino polvo,
y con este odioso licor amasarlo,
y en esa pasta que se cuezan sus viles cabezas.
Vamos, vamos, sed todos diligentes
para hacer este banquete, que deseo resulte
más cruel y sangriento que el festín de los Centauros.
Así, ahora llevadlos dentro, que yo haré de cocinero,
y los tendré listos para cuando venga su madre.

[Salen, llevándose los cadáveres.]

ACTO V. ESCENA III

Roma. Un pabellón en los jardines de Tito, con mesas, etc.

Entran Lucio, Marco y los godos, con Aarón, prisionero.

LUCIO.

Tío Marco, ya que es voluntad de mi padre
que yo vuelva a Roma, estoy conforme.

GODO PRIMERO.

Y la nuestra con la tuya, suceda lo que la fortuna quiera.

LUCIO.

Buen tío, llevaos dentro a este bárbaro moro,
este tigre voraz, este maldito demonio;
que no reciba sustento, encadenadlo,
hasta que sea llevado ante el rostro de la emperatriz
como testimonio de sus infames manejos.
Y velad porque la emboscada de nuestros amigos sea fuerte;
temo que el emperador no nos quiere bien.

AARÓN.

¡Que algún demonio me susurre maldiciones al oído,
y me incite a que mi lengua profiera
la venenosa malicia de mi corazón hinchado!

LUCIO.

¡Fuera, perro inhumano, esclavo impío!
Señores, ayudad a mi tío a llevarlo dentro.

[Suenan trompetas.]

Las trompetas anuncian que el emperador está cerca.

[Salen los godos con Aarón.]

Entran el emperador Saturnino y la emperatriz Tamora, con Emilio, tribunos y otros.

SATURNINO.

¿Qué, tiene el firmamento más de un sol?

LUCIO.

¿De qué te sirve llamarte a ti mismo sol?

MARCO.

Emperador de Roma, y sobrino, cesad el altercado;
estas querellas han de debatirse en calma.
Listo está el festín que el solícito Tito
ha dispuesto con honorable fin,
por la paz, por el amor, por la alianza, y el bien de Roma.
Acercaos, pues, si os place, y tomad vuestros asientos.

SATURNINO.

Marco, así lo haremos.

Suenan trompetas; entra Tito vestido de cocinero, disponiendo los platos, con el joven Lucio y otros, y Lavinia con un velo sobre el rostro.

TITO.

Bienvenido, mi señor; bienvenida, temible reina;
bienvenidos, belicosos godos; bienvenido, Lucio;
y bienvenidos todos. Aunque el yantar sea pobre,
os llenará el estómago; comed de él, si os place.

SATURNINO.

¿Por qué vas así vestido, Andrónico?

TITO.

Porque quise asegurarme de que todo estuviera bien
para agasajar a vuestra alteza y a vuestra emperatriz.

TAMORA.

Os estamos agradecidos, buen Andrónico.

TITO.

Si vuestra alteza conociera mi corazón, lo estaríais.

Mi señor el emperador, resolvedme esto:

¿hizo bien el impetuoso Virginio

al matar a su hija con su propia mano diestra,
porque había sido forzada, mancillada y desflorada?

SATURNINO.

Hizo bien, Andrónico.

TITO.

¿Vuestra razón, poderoso señor?

SATURNINO.

Porque la muchacha no debía sobrevivir a su vergüenza,
y con su presencia renovar sin cesar sus penas.

TITO.

Razón poderosa, fuerte y eficaz;

modelo, precedente, y viva justificación

para que yo, el más desdichado, haga lo mismo.

¡Muere, muere, Lavinia, y muera contigo tu vergüenza;

y con tu vergüenza muera el dolor de tu padre!

[Mata a Lavinia.]

SATURNINO.

¿Qué has hecho, desnaturalizado y cruel?

TITO.

He matado a aquella por quien mis lágrimas me han cegado.

Soy tan desdichado como lo fue Virginio,

y tengo mil veces más motivo que él

para cometer este ultraje, y ya está hecho.

SATURNINO.

¿Cómo, fue violada? Decid quién hizo esto.

TITO.

¿Os place comer? ¿Place a vuestra alteza tomar alimento?

TAMORA.

¿Por qué has matado así a tu única hija?

TITO.

Yo no; fueron Quirón y Demetrio.

Ellos la violaron, y le cortaron la lengua;

y ellos, ellos fueron, quienes le hicieron todo este mal.

SATURNINO.

Id a traerlos aquí ante nosotros al punto.

TITO.

Pues ahí están, ambos horneados en ese pastel,
del cual su madre delicadamente se ha alimentado,
comiendo la carne que ella misma engendró.

Es verdad, es verdad; testigo, la afilada punta de mi cuchillo.

[Apuñala a la emperatriz.]

SATURNINO.

¡Muere, desdichado loco, por este acto maldito!

[Mata a Tito.]

LUCIO.

¿Puede el ojo del hijo ver sangrar a su padre?

[Mata a Saturnino.]

Recompensa por recompensa, muerte por acto mortal.

[Gran tumulto. Lucio, Marco y otros suben a la galería alta.]

MARCO.

Vosotros, hombres de faz apenada, pueblo e hijos de Roma,
disgregados por el tumulto, como una bandada de aves
dispersada por los vientos y las ráfagas tempestuosas,
oh, dejadme enseñaros cómo anudar de nuevo
este trigo esparcido en una sola gavilla común,
estos miembros rotos otra vez en un solo cuerpo;

no sea que Roma misma sea su propia ruina,
y ella, ante quien se inclinan poderosos reinos,
como una náufraga desamparada y desesperada,
ejecute sobre sí misma una acción vergonzosa.
Pero si mis canas heladas y las arrugas de la edad,
graves testigos de verdadera experiencia,
no pueden induciros a atender mis palabras,
Hablad, caro amigo de Roma, [*a Lucio*] como antaño nuestro
antepasado,
cuando con su solemne lengua narró
al triste oído atento de la enamorada Dido
la historia de aquella funesta noche de incendio
cuando los astutos griegos sorprendieron la Troya del rey Príamo.
Decidnos qué Sinón ha hechizado nuestros oídos,
o quién trajo la fatal máquina
que da a nuestra Troya, a nuestra Roma, la herida civil.
Mi corazón no está hecho de pedernal ni de acero,
ni puedo expresar todo nuestro amargo pesar,
sino que ríos de lágrimas ahogarán mi oratoria
y quebrarán mi voz, precisamente en el momento
en que más debiera moveros a atenderme,
y forzaros a la compasión.
Aquí está el joven capitán de Roma, que él cuente la historia,
mientras yo permanezco a su lado y lloro al oírlo hablar.

LUCIO.

Sepa, pues, noble auditorio,
que Quirón y el maldito Demetrio
fueron quienes asesinaron al hermano de nuestro emperador;
y ellos fueron quienes violaron a nuestra hermana.
Por sus crueles culpas, nuestros hermanos fueron decapitados,
las lágrimas de nuestro padre despreciadas, y con vil engaño le fue
arrebataada aquella mano leal que sostuvo la causa de Roma
y envió a sus enemigos a la tumba.
Por último, yo mismo, cruelmente desterrado,
las puertas cerradas ante mí, y arrojado fuera entre llanto,

a mendigar amparo entre los enemigos de Roma;
quienes ahogaron su enemistad en mis sinceras lágrimas,
y abrieron sus brazos para acogerme como amigo.
Yo soy el desterrado, sabedlo,
que he preservado con mi sangre su bienestar
y de su pecho aparté la punta enemiga,
envainando el acero en mi arrojado cuerpo.
Ay, sabéis que no soy jactancioso, yo;
mis cicatrices pueden atestiguar, aunque mudas,
que mi relato es justo y lleno de verdad.
Mas basta, me parece que divago demasiado,
citando mi mísero mérito. Oh, perdonadme;
pues cuando no hay amigos cerca, los hombres se alaban a sí
mismos.

MARCO.

Ahora me toca hablar a mí. Contemplad al niño.
De él dio a luz Tamora,
el fruto de un impío moro,
principal artífice y urdidor de estos males.
El villano vive aún en la casa de Tito,
y él dará testimonio de que esto es verdad.
Juzgad ahora qué motivo tuvo Tito para vengar
estos agravios indecibles, más allá de toda paciencia,
más de lo que hombre viviente alguno pudiera soportar.
Ya habéis oído la verdad. ¿Qué decís, romanos?
¿Hemos hecho algo mal? Mostradnos en qué,
y, desde el lugar donde nos veis suplicando,
el pobre resto de los Andrónicos,
de la mano, todos nos arrojaremos de cabeza,
y sobre las ásperas piedras exhalaremos nuestras almas,
y pondremos fin común a nuestra casa.
Hablad, romanos, hablad, y si decís que debemos,
mirad, de la mano, Lucio y yo caeremos.

EMILIO.

Ven, ven, venerable hombre de Roma,

y trae con suavidad en tu mano a nuestro emperador,
a Lucio, nuestro emperador; pues bien sé
que la voz común clama que así ha de ser.

ROMANOS.

¡Lucio, salve, real emperador de Roma!

MARCO.

Id, id a la doliente casa del viejo Tito,
y traed acá a ese infiel moro,
para que se le imponga alguna terrible muerte de suplicio,
como castigo por su vida perversísima.

[Salen los servidores. Lucio y Marco bajan de la galería alta.]

ROMANOS.

¡Lucio, salve, benévolo gobernador de Roma!

LUCIO.

Gracias, gentiles romanos. ¡Ojalá gobierne de modo
que sane los males de Roma y enjague su pesar!
Mas, gentil pueblo, dadme licencia un instante,
pues la naturaleza me impone una ardua tarea.
Apartaos todos; mas vos, tío, acercaos
a verter lágrimas de duelo sobre este cuerpo.

[Besa a Tito.]

Oh, recibe este cálido beso en tus labios pálidos y fríos.
Estas dolientes gotas sobre tu rostro ensangrentado,
los últimos leales deberes de tu noble hijo.

MARCO.

Lágrima por lágrima y amoroso beso por beso
te ofrece tu hermano Marco en los labios.
Oh, si la suma de estos que debo pagarte
fuera incontable e infinita, aun así los pagaría.

LUCIO.

Ven aquí, niño; ven, ven, y aprende de nosotros
a deshacerte en lluvia de lágrimas. Tu abuelo te amaba bien.

Muchas veces te hizo bailar sobre su rodilla,
te arrulló hasta el sueño, su pecho amoroso por almohada;
muchas historias te ha contado,
y te pidió que guardaras sus lindos cuentos en la memoria
y hablaras de ellos cuando él estuviera muerto y ausente.

MARCO.

¡Cuántos miles de veces estos pobres labios,
cuando estaban vivos, se calentaron en los tuyos!
Oh, ahora, dulce niño, dales su último beso.
Dile adiós; encomiéndalo a la tumba.
Hazles esa merced, y despídete de ellos.

JOVEN LUCIO.

¡Oh abuelo, abuelo, con todo mi corazón
querría estar muerto, con tal de que vivierais de nuevo!
Oh Dios, no puedo hablarle de tanto llorar;
mis lágrimas me ahogarán si abro la boca.

Vuelven a entrar los servidores con Aarón.

EMILIO.

Vosotros, dolientes Andrónicos, acabad con los pesares.
Dictad sentencia sobre el execrable miserable
que ha sido causa de estos terribles sucesos.

LUCIO.

Enterradlo hasta el pecho y dejadlo morir de hambre;
que ahí permanezca, delirando y clamando por comida.
Si alguien lo socorre o se apiada de él,
por esa ofensa morirá. Esta es nuestra sentencia.
Que algunos se queden a verlo sujeto en la tierra.

AARÓN.

Ah, ¿por qué ha de ser muda la ira y callar el furor?
No soy niño de pecho, yo, para que con viles súplicas
haya de arrepentirme de los males que he hecho.
Diez mil peores de los que jamás cometí
haría, si pudiera obrar a mi voluntad.

Si alguna vez, en toda mi vida, hice una buena obra,
de ella me arrepiento desde el alma.

LUCIO.

Que algunos amigos leales lleven de aquí al emperador,
y le den sepultura en la tumba de su padre.

Mi padre y Lavinia serán al punto
encerrados en el monumento de nuestra casa.

En cuanto a esa tigresa voraz, Tamora,
ningún rito funeral, ni hombre en atuendo de luto,
ninguna campana doliente ha de tañer por su entierro;
antes bien, arrojadla a las bestias y aves de rapiña.

Su vida fue bestial y sin piedad alguna;
y, ya muerta, que las aves tengan piedad de ella.

[Salen.]

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB